

# El Evangelio que **Jesús** nunca predicó

Desenmascarando las distorsiones  
modernas del cristianismo



OSVALDO REBOLLEDA

# El Evangelio que Jesús nunca predicó



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

**Introducción.....5**

## PARTE I: EL EVANGELIO DISTORSIONADO

Capítulo uno:

**El evangelio centrado en el hombre.....12**

Capítulo dos:

**El evangelio entre los bienes y la vida.....20**

Capítulo tres:

**La Gracia de Su salvación.....31**

Capítulo cuatro:

**La Fe sin obediencia.....40**

Capítulo cinco:

**Un evangelio sin cruz.....50**

## PARTE II: LA CRISIS DEL LIDERAZGO MODERNO

Capítulo seis:

**Ministros populares mensajes vacíos.....60**

Capítulo siete:

**Una Iglesia entretenida no discipulada.....68**

Capítulo ocho:  
**Las pres.....76**

**PARTE III: EL MENSAJE QUE JESÚS PREDICÓ**

Capítulo nueve:  
**Cristianos consumidores.....76**

Capítulo diez:  
**El mensaje que Jesús realmente predicó.....83**

**Conclusión .....94**

**Reconocimientos.....100**

**Sobre el autor.....102**



# INTRODUCCIÓN

## ¿CÓMO LLEGAMOS HASTA AQUÍ?

Hubo un tiempo en que el Evangelio estremecía ciudades enteras. Los hombres temblaban ante la presencia de Dios, las multitudes eran confrontadas por el peso de la verdad y la Iglesia caminaba con una conciencia profunda de eternidad. El mensaje de Cristo no era presentado como un recurso para alcanzar éxito personal ni como una herramienta emocional para aliviar frustraciones humanas; era anunciado como un llamado radical al arrepentimiento, a la rendición absoluta y al gobierno de Dios sobre la vida del hombre.

Sin embargo, en medio del avance de los siglos y especialmente en las últimas décadas, gran parte del cristianismo contemporáneo comenzó lentamente a modificar ese mensaje hasta convertirlo, en muchos casos, en una versión más cómoda, menos confrontativa y mucho más compatible con los deseos de la cultura moderna.

No ocurrió de un día para otro. Las distorsiones nunca llegan violentamente; se introducen lentamente, casi imperceptiblemente, hasta que una generación entera termina acostumbrándose a aquello que antes hubiera considerado peligroso. El problema más grave de una iglesia no siempre es el pecado visible, sino la pérdida gradual de sensibilidad hacia la verdad.

Porque cuando la Iglesia deja de discernir entre el Evangelio bíblico y un evangelio adulterado, comienza a llamar luz a lo que en realidad es tinieblas espirituales disfrazadas de cristianismo. Pablo escribió con profunda preocupación a los creyentes de Galacia:

***“No me maravillo de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo.”***

Gálatas 1:6 y 7

Aquellas palabras no fueron escritas para incrédulos, sino para una iglesia. Y eso revela una verdad alarmante: aun dentro del ambiente cristiano es posible desviarse del mensaje verdadero sin darse cuenta. El Evangelio puede ser alterado, suavizado, manipulado o adaptado hasta el punto de conservar lenguaje cristiano mientras pierde completamente su esencia espiritual.

Vivimos días donde abundan los mensajes motivacionales disfrazados de predicación, sermones diseñados para entretener antes que confrontar y plataformas construidas más para satisfacer consumidores espirituales que para formar discípulos de Jesucristo. En muchos lugares se predica un Cristo que ayuda, pero no un Cristo que gobierna; un Cristo que bendice, pero no uno que exige rendición; un Cristo que promete realización personal, pero del cual casi no se habla como Rey, Señor y Juez.

La tragedia no es solamente doctrinal; es profundamente espiritual. Porque detrás de cada distorsión del Evangelio existe una generación que termina alejándose del carácter de Cristo mientras cree permanecer cerca de Él. Nunca debemos olvidar que Satanás no necesita eliminar completamente el cristianismo para debilitar a la Iglesia; muchas veces le basta con deformar el mensaje lo suficiente como para conservar apariencia de verdad sin conservar el poder transformador de la verdad.

Por eso el problema de esta generación no es la falta de iglesias, ni siquiera la falta de predicación. Tenemos más plataformas, más recursos, más eventos y más acceso bíblico que muchas generaciones anteriores. Sin embargo, al mismo tiempo vemos creyentes cada vez más frágiles espiritualmente, menos comprometidos con la santidad, menos dispuestos al sacrificio y más influenciados por la cultura que por las Escrituras.

Eso debería llevarnos a reflexionar seriamente. Porque una iglesia llena no necesariamente es una iglesia sana, y popularidad jamás será sinónimo de fidelidad. Pablo advirtió también a Timoteo acerca de un tiempo peligroso:

***“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas.”***

2 Timoteo 4:3 y 4

Ese tiempo no es solamente futuro; en muchos sentidos ya está presente. Vivimos en una generación que muchas veces quiere escuchar mensajes que no confronten el pecado, que no incomoden la carne y que permitan conservar una apariencia de cristianismo mientras el corazón continúa gobernado por el ego, la autosuficiencia y los deseos personales.

Lamentablemente, parte del liderazgo moderno comenzó a adaptarse a esa demanda. En lugar de preservar la pureza del mensaje, muchos púlpitos fueron moldeando el Evangelio para hacerlo más aceptable, más atractivo y menos ofensivo para la mentalidad contemporánea.

Pero el Evangelio jamás fue diseñado para adaptarse al sistema del mundo. El mensaje de Jesús confronta la naturaleza caída del hombre. La cruz no halaga el ego; lo crucifica. El Reino de Dios no gira alrededor de los deseos humanos; llama al hombre a rendirse ante la voluntad soberana del Rey. Y precisamente allí comienza el conflicto con gran parte del cristianismo moderno: hemos intentado conservar a Cristo mientras evitamos las demandas del Reino.

La cultura actual también ha ejercido una influencia profunda sobre la Iglesia. Vivimos en una sociedad obsesionada con la comodidad, la satisfacción inmediata, la validación emocional y el éxito visible. Esa mentalidad lentamente penetró muchos púlpitos hasta producir un evangelio centrado más en el bienestar del hombre que en la

gloria de Dios. Se habla mucho de autoestima, realización personal y prosperidad, pero cada vez menos de arrepentimiento, santidad, obediencia y temor de Dios.

El resultado es una generación que muchas veces conoce lenguaje cristiano, pero desconoce el peso espiritual de seguir verdaderamente a Cristo. Hay creyentes familiarizados con ambientes de iglesia, pero no necesariamente transformados por el Espíritu Santo. Personas acostumbradas a consumir mensajes, pero no a morir al yo. Multitudes emocionadas, pero no discipuladas. Congregaciones entretenidas, pero espiritualmente débiles.

Y quizás uno de los peligros más grandes sea precisamente acostumbrarse a esto. Porque cuando una generación convive demasiado tiempo con un evangelio adulterado, deja de percibir la gravedad del problema. Lo anormal comienza a parecer normal. Lo superficial comienza a parecer profundo. Lo emocional comienza a reemplazar lo espiritual. Y lentamente la Iglesia corre el riesgo de perder la centralidad de Cristo mientras continúa usando Su nombre.

Este libro no nace del deseo de criticar por criticar, ni de atacar personas o ministerios específicos. Nace de una profunda preocupación espiritual por el estado de gran parte del cristianismo contemporáneo y de un anhelo sincero de volver al mensaje original de Jesús. Porque el problema no es que el Evangelio perdió poder; el problema es que muchas veces dejamos de predicar el Evangelio verdadero.

Necesitamos volver urgentemente al Cristo de las Escrituras y no al Cristo moldeado por las preferencias culturales. Necesitamos recuperar el mensaje del Reino, el llamado al arrepentimiento, la profundidad del discipulado y la centralidad absoluta del señorío de Jesús. La Iglesia no necesita una versión más moderna del Evangelio; necesita redescubrir el Evangelio eterno que transformó al mundo desde el principio.

A lo largo de estas páginas confrontaremos algunas de las distorsiones más visibles que se han infiltrado en el cristianismo moderno. Algunas serán incómodas. Otras probablemente desafiarán paradigmas profundamente instalados. Pero si realmente amamos a Cristo y a Su Iglesia, debemos tener el valor de examinarnos a la luz de las Escrituras y preguntarnos con honestidad si el mensaje que estamos predicando sigue siendo el mismo mensaje que Jesús anunció.

Porque al final, el verdadero problema no es lo que el mundo piensa acerca de la Iglesia. El verdadero problema es si la Iglesia continúa siendo fiel al Evangelio del Reino que recibió directamente del Señor.



PARTE I

**EL EVANGELIO  
DISTORSIONADO**

## Capítulo uno

# EL EVANGELIO CENTRADO EN EL HOMBRE

Una de las tragedias más silenciosas del cristianismo moderno no es solamente el pecado visible dentro de la Iglesia, sino el desplazamiento progresivo de Dios del centro del mensaje. Y aunque esa afirmación pueda parecer exagerada para algunos, basta observar cuidadosamente gran parte de la predicación contemporánea para notar que en muchos lugares el Evangelio dejó de girar alrededor de la gloria de Dios, del Reino y del señorío de Cristo, para comenzar a girar alrededor de las necesidades, deseos, emociones y aspiraciones del hombre.

Sin darnos cuenta, hemos pasado de predicar un Evangelio que llamaba al hombre a negarse a sí mismo, a un evangelio que continuamente alimenta el yo. Muchos púlpitos ya no presentan a Cristo como Rey que debe ser obedecido, sino como un recurso para alcanzar sueños personales, resolver frustraciones emocionales y obtener bienestar. El centro ya no es lo que Dios desea hacer para Su gloria, sino lo que las personas esperan recibir para sentirse realizadas.

Allí comienza una de las deformaciones más peligrosas del Evangelio: el antropocentrismo espiritual. Es decir, una forma de cristianismo donde el hombre ocupa el lugar central y Dios termina funcionando como un medio para satisfacer las expectativas humanas. Se sigue utilizando lenguaje bíblico, se mencionan versículos y se habla de Jesús, pero el enfoque profundo del mensaje ha cambiado completamente. En el Evangelio bíblico, Dios es el centro de todas las cosas. Pablo lo expresa de manera contundente:

***“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén”***

Romanos 11:36

La existencia misma del hombre encuentra su propósito en Dios y no al revés. Fuimos creados para Su gloria, para Su voluntad y para el establecimiento de Su Reino. Sin embargo, gran parte del cristianismo moderno invirtió ese orden hasta producir la idea inconsciente de que Dios existe principalmente para hacer feliz al hombre.

Por eso abundan mensajes donde casi todo gira alrededor de frases como: “Dios quiere darte éxito”, “Dios quiere cumplir tus sueños”, “Dios quiere verte prosperar”, “Dios quiere llevarte a otro nivel”, mientras cada vez se habla menos de morir al yo, rendirse completamente a Cristo, cargar la cruz o vivir para la gloria de Dios.

El problema no es que Dios bendiga a Sus hijos; las Escrituras están llenas de promesas, provisión y cuidado

paternal. Nuestro Padre verdaderamente desea bendecirnos. El problema aparece cuando no comprendemos la bendición como una naturaleza y las situaciones de bien o lo material reemplazan al Reino como prioridad del corazón.

Jesús jamás enseñó que el propósito principal del Evangelio fuera cumplir las ambiciones personales de las personas. Su mensaje era radicalmente diferente. Él dijo:

***“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”***

Mateo 6:33.

Observe cuidadosamente el orden divino. Jesús no colocó las necesidades humanas en el centro; colocó el Reino. La prioridad no era la comodidad personal, sino el gobierno de Dios. Las añadiduras vendrían después, pero el Reino debía ocupar el primer lugar.

El problema del evangelio centrado en el hombre es que transforma a Dios en un accesorio de la vida personal en lugar de reconocerlo como Señor absoluto de toda la existencia. El hombre moderno quiere un Cristo que ayude, pero no necesariamente un Rey que gobierne. Quiere salvación sin rendición, bendición sin obediencia y promesas sin transformación.

Esto no solamente afecta la doctrina; afecta profundamente la formación espiritual de la Iglesia. Porque cuando el creyente es enseñado constantemente a colocarse a

sí mismo en el centro, termina desarrollando una espiritualidad egoísta, emocional y superficial. Comienza a relacionarse con Dios únicamente en función de lo que recibe, y no en función de quién es Dios. (Les recomiendo leer mi libro titulado: “Derribando el imperio del ego”).

Por eso muchas personas permanecen firmes mientras todo parece ir bien, pero se debilitan rápidamente cuando llegan las pruebas, las demoras o las temporadas difíciles. Porque fueron educadas en un evangelio donde Dios debía satisfacer expectativas personales continuamente. Y cuando eso no ocurre, aparecen la frustración, la desilusión y aun el resentimiento espiritual.

Sin embargo, el verdadero Evangelio jamás prometió que el hombre sería el centro del plan divino. Al contrario, Jesús confrontó directamente el ego humano cuando declaró:

***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.”***

Lucas 9:23

Estas palabras chocan violentamente contra la mentalidad moderna. Porque el Evangelio contemporáneo muchas veces intenta elevar el ego mientras Cristo vino precisamente a crucificarlo. El llamado de Jesús no fue a la autoexaltación, sino a la rendición absoluta. Seguir a Cristo implica destronar el yo para que Él reine verdaderamente.

Aquí encontramos una diferencia enorme entre el cristianismo cultural y el discipulado bíblico. El cristianismo cultural permite que una persona conserve el control de su vida mientras añade ciertos elementos espirituales para sentirse mejor consigo misma. Pero el discipulado verdadero comienza cuando Cristo deja de ser simplemente parte de la vida y se convierte en el Señor de toda la vida.

La realidad es que el ego humano siempre intentará ocupar el trono que solamente le pertenece a Dios. Desde el principio, la esencia del pecado fue precisamente esa: el hombre queriendo gobernarse a sí mismo independientemente del Creador. Por eso el Evangelio del Reino confronta tan profundamente la naturaleza caída. Porque el Reino no es simplemente un mensaje de bendición; es el anuncio del gobierno de Dios sobre el hombre.

Cuando Jesús predicaba el Reino, estaba llamando a las personas a salir del gobierno del yo para entrar bajo el gobierno del Rey. Y eso inevitablemente produce conflicto con una generación obsesionada con la autosatisfacción, el éxito personal y la exaltación individual.

Lamentablemente, muchos púlpitos comenzaron a suavizar esa confrontación para hacer el mensaje más atractivo. Poco a poco el Evangelio fue adaptándose a la cultura del entretenimiento y del consumo. Las reuniones comenzaron a diseñarse más para agradar emocionalmente a las personas que para confrontarlas espiritualmente. El púlpito dejó de ser, en muchos casos, un altar de

proclamación profética para convertirse en una plataforma motivacional.

No es casualidad que hoy existan creyentes que conocen frases inspiradoras, pero desconocen la profundidad del arrepentimiento. Personas emocionadas durante un servicio, pero incapaces de perseverar en obediencia cuando termina la emoción. Porque el entretenimiento puede producir entusiasmo momentáneo, pero solamente la verdad produce transformación genuina.

Ante esto, aparece otra consecuencia peligrosa del evangelio centrado en el hombre: la desaparición progresiva del señorío de Cristo. Mucha gente considera a Jesús como su Salvador, pero no saben vivir en Él como Señor de sus vidas. Quieren Sus beneficios, pero no Su gobierno. Quieren Sus promesas, pero no Su autoridad sobre cada área de sus vidas.

Sin embargo, el Nuevo Pacto no consiste solamente en recibir perdón; consiste también en ser transformados bajo el gobierno del Espíritu Santo. La gracia no vino para fortalecer el ego humano, sino para destruir el dominio del pecado y restaurar el señorío de Cristo en el corazón del creyente.

Jesús nunca compitió por un lugar secundario en la vida de las personas. Él no vino para convertirse en un complemento emocional ni en un consejero motivacional. Él vino como Rey glorioso. Y el Reino exige rendición.

Quizás uno de los problemas más graves del liderazgo moderno sea precisamente haber reemplazado la formación de discípulos por la administración constante de necesidades emocionales. Muchos líderes viven intentando mantener personas motivadas, entretenidas y emocionalmente satisfechas, pero sin llevarlas a madurez espiritual verdadera. Como resultado, existen congregaciones enteras dependientes de estímulos continuos, pero débiles en obediencia, profundidad bíblica y vida de oración.

El discipulado bíblico jamás tuvo como objetivo producir consumidores espirituales. Jesús formó hombres capaces de negarse a sí mismos, cargar la cruz y permanecer fieles aun en medio de persecución, rechazo y sufrimiento. El Reino forma carácter antes que comodidad.

Por eso necesitamos volver urgentemente a un Evangelio donde Cristo vuelva a ocupar el centro absoluto. La Iglesia no fue llamada a entretener egos religiosos ni a producir creyentes obsesionados consigo mismos. Fue llamada a levantar discípulos rendidos al Rey.

El Evangelio moderno muchas veces dice: “Dios existe para tu felicidad.” Pero el Evangelio bíblico declara: “Tú existes para Su gloria.” Y mientras la Iglesia no vuelva a esa verdad fundamental, continuará produciendo generaciones espiritualmente débiles, emocionalmente dependientes y profundamente vulnerables a la cultura del mundo.

Porque el problema nunca será solamente lo que predicamos acerca de Dios. El verdadero problema es qué lugar ocupa el hombre dentro de ese mensaje. Reitero esto, porque no deseo causar un desequilibrio en el entendimiento del Reino: El gobierno de Dios sobre nuestras vidas es lo mejor que nos puede pasar, porque todas las cosas nos ayudarán a bien, pero esto no es bajo un enfoque humanista, sino divino.

Solo Dios sabe que es lo que nosotros necesitamos de verdad. Hay un propósito glorioso en Cristo y lo mejor que nos puede pasar es que el Señor nos conduzca hacia él. Esto será con procesos de bienestar y éxito, así como con procesos de dolor y quebranto, pero al final, cuando vivimos Reino siempre somos grandemente beneficiados.

***“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”.***

Romanos 8:28



## Capítulo dos

# EL EVANGELIO ENTRE LOS BIENES Y LA VIDA

Pocas cosas revelan tanto el estado espiritual de una generación como aquello que decide convertir en el centro de su mensaje. Y una de las evidencias más visibles de la deformación moderna del Evangelio es la obsesión creciente con la prosperidad material, el éxito visible y la comodidad personal como si fueran las principales evidencias de la bendición de Dios.

En muchos sectores del cristianismo contemporáneo, el Evangelio dejó de presentarse como un llamado a la transformación espiritual y comenzó a comercializarse como una fórmula para alcanzar bienestar, estabilidad económica y realización terrenal. Esto lo digo, defendiendo principios financieros que Dios mismo ha revelado a Su Iglesia para romper con ciclos de miseria en un sistema cuyo poder es el dinero.

Siempre he enseñado que el problema no es el dinero, sino el amor por el mismo como enseñó Pablo (**1 Timoteo 6:10**). Gobernar finanzas es una de las cosas que mayor

espiritualidad requiere, porque la idea no es obtenerlo para vanidad o simples deseos personales, sino para desarrollar propósito en un sistema en el cual el dinero es necesario para una libre expansión.

Cuando observamos cuidadosamente las Escrituras, descubrimos que Jesús jamás colocó las riquezas, la comodidad o el éxito externo como prioridad del Reino. Por el contrario, constantemente confrontó el apego material del corazón humano y advirtió sobre el peligro espiritual de vivir dominados por el deseo de poseer más. No porque tener sea pecado, sino por causa de sostener un enfoque correcto.

Debe quedar claro que el problema no es la provisión divina. Dios sigue siendo Padre, y un Padre bueno cuida de Sus hijos. La Biblia está llena de testimonios acerca de Su fidelidad, Su sustento y Su generosidad. Yo no creo en el evangelio de la prosperidad, aunque si creo que el evangelio del Reino puede prosperarnos por causa del propósito.

El error aparece cuando las bendiciones reemplazan al Dios de las bendiciones, cuando la fe se transforma en un mecanismo para obtener cosas y cuando el Evangelio se reduce a un intercambio egoísta donde las personas buscan a Dios principalmente por lo que esperan recibir de Él.

Tampoco estoy de acuerdo con aquellos personales que se rasgan las vestiduras atacando perversamente a un evangelio equilibrado, donde también se enseñen principios financieros. Estos que tanto critican solo logran llevar a la

Iglesia a un extremo de carencia absoluta. Son los que están llenos de proyectos, pero no pueden ejecutar ninguno por causa de esa mentalidad pusilánime.

Quienes atacan el sano tener, o una prosperidad fundamentada en principios de Reino, son temerosos y tacaños, personas que disfrazan de piedad y santidad a lo que realmente es una mentalidad de pobreza. El evangelio del Reino está centrado en el señorío de Dios y esto implica la condición que Él determine en todo tiempo, tanto en lo poco como en lo mucho, ese es el verdadero desafío.

***“No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.”***

Filipenses 4:11 al 13

Cuando no tenemos un sano equilibrio en el tener, nace lo que podríamos llamar materialismo espiritual: una forma de cristianismo donde el lenguaje sigue siendo bíblico, pero el corazón permanece profundamente gobernado por los mismos deseos que dominan al mundo. La diferencia es que ahora esos deseos son revestidos de terminología cristiana.

Por eso abundan mensajes donde el énfasis principal gira alrededor de prosperar, avanzar, conquistar, obtener, alcanzar y crecer económicamente, mientras cada vez se

habla menos de santidad, quebrantamiento, arrepentimiento y transformación interior. El éxito visible comenzó a reemplazar silenciosamente al carácter como evidencia de espiritualidad.

Pero el Reino de Dios jamás funcionó de esa manera. Jesús nunca midió la bendición de una persona por el tamaño de sus posesiones, sino por la condición de su corazón. De hecho, muchas veces confrontó directamente la idolatría material que dominaba a las personas. Cuando el joven rico se acercó preguntando acerca de la vida eterna, Jesús no simplemente celebró sus logros externos; expuso aquello que gobernaba internamente su corazón.

Porque el Evangelio verdadero no solamente toca conductas visibles; confronta ídolos ocultos. Esto revela cuan espiritual puede llegar a ser una buena administración financiera. No cualquiera puede tener sin caer en ambiciones desmedida, codicia, vanidad o avaricia. La verdadera espiritualidad propuesta por el Señor está enfocada en Su señorío y todo lo demás sujeto a Él.

El gran peligro de esta generación es que muchas veces ha confundido pobreza o prosperidad con aprobación divina y ambas cosas pueden estar fuera de Su voluntad, todo depende de Su propósito. Alguien puede ser pobre o tener crecimiento económico y al mismo tiempo estar espiritualmente vacío.

En el caso de algunos ministerios, diría que pueden experimentar éxito en la posesión de grandes inmuebles y ostentar poder financiero, pero al mismo tiempo, pueden vivir un evangelio pobre y desarrollar una deficiente comunión con el Señor. Pueden tener grandes plataformas, reconocimiento y abundancia material mientras permanecen pobres delante del cielo. Jesús fue extremadamente claro cuando dijo:

***“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.”***

Mateo 6:21

El problema nunca será solamente lo que una persona posee, sino aquello que posee el corazón. Sea esto en un creyente, en una familia o en una congregación. La pobreza no hace más espiritual a nadie, pero la riqueza tampoco. El equilibrio no está en el tener, sino en lo que gobierna el corazón.

Lamentablemente, parte del cristianismo moderno comenzó a alimentar una cultura donde muchos creyentes buscan a Dios más por interés que por amor, por eso la balanza se ha inclinado hacia la prosperidad, pero hubo un tiempo en el cual, la balanza estaba inclinada hacia la pobreza, y aun así, los dos extremos o el mismo centro son malos, si Dios no está gobernando corazones.

Es lógico que la gente hoy en día, se acerque a la Iglesia esperando beneficios divinos. Eso no debería

horrorizarnos, lo que sí debería preocuparnos es que los ministros, encargados de la predicación del evangelio, no caigamos en la intención de complacer esos caprichos. Cuando no hay un verdadero deseo de transformación espiritual, ni lo poco, ni lo mucho en lo material, pueden producir beneficios.

El Evangelio bíblico jamás separa la gloria del sacrificio, ni el gobierno del bienestar. El camino de Cristo siempre pasa primero por la cruz antes de llegar a la resurrección. Jesús nunca ocultó el costo del discipulado. Nunca prometió una vida exenta de pruebas, sufrimiento o renuncia, a la vez que nunca descalificó el tener si es necesario. Al contrario, declaró con absoluta claridad:

***“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.”***

Mateo 16:24

Estas palabras resultan incómodas para una generación acostumbrada a escuchar mensajes centrados solamente en victoria, éxito y bienestar emocional. Porque la cruz confronta directamente el evangelio de comodidad que muchos desean escuchar. La cruz destruye la idea de un cristianismo construido alrededor de la autosatisfacción.

El problema es que cuando la Iglesia deja de predicar la cruz, inevitablemente comienza a producir creyentes incapaces de morir al yo. Y una fe sin cruz termina convirtiéndose en una fe superficial, centrada únicamente en

beneficios temporales. Pablo advirtió con profunda firmeza acerca de personas cuyo dios terminó siendo sus propios deseos:

***“Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal.”***

Filipenses 3:18 y 19

Observe que Pablo no está hablando simplemente de incrédulos, sino de personas vinculadas al ambiente espiritual, pero cuyo corazón permanecía cautivo de lo terrenal. Y eso sigue ocurriendo hoy. Hay cristianos que hablan del Reino, pero viven completamente absorbidos por ambiciones materiales, o incluso por sus propias limitaciones. La fe se transforma entonces en un medio para alimentar el ego y no en un camino de transformación espiritual.

Uno de los daños más grandes de esta mentalidad es que produce creyentes que miden la fidelidad de Dios únicamente por las circunstancias externas. Si todo prospera, sienten que Dios está con ellos, si les va mal, se sienten víctimas, pero siempre piensan que ellos son los protagonistas del Reino. Si aparecen pruebas, escasez o sufrimiento, comienzan a cuestionar su fe y si les va bien consideran que es porque lo merecen.

La verdad es que el Nuevo Pacto jamás enseñó que la ausencia de dificultades o la abundancia fuera señal de madurez espiritual, así como tampoco lo es una vida de dificultades, pobreza o necesidad. La verdadera madurez es caminar en fe y en gozo espiritual cualquiera sea la situación o condición por la que estemos pasando.

De hecho, muchos de los hombres más fieles de las Escrituras atravesaron temporadas de dolor, persecución y necesidad, mientras que otros vivieron en condición de gran abundancia como el caso de Abraham que fue riquísimo (**Génesis 13:2**).

Por su parte hubo otros como los cristianos del primer siglo que ninguno de ellos decía ser suyo propio nada de lo que poseían, sino que tenían todas las cosas en común, por lo cual no había entre ellos ningún necesitado (**Hechos 4:32 al 34**). Otros como los apóstoles y por la hostilidad del sistema, sufrieron rechazo, cárceles, y aflicciones.

Ninguno de los creyentes fieles, fueron mejores o peores por sus pertenencias, sino por la fidelidad con la que vivieron. Ellos no interpretaban las pruebas como abandono divino, ni la abundancia como simple aprobación. Habían comprendido algo que esta generación necesita redescubrir urgentemente: el mayor tesoro del creyente no es lo que recibe de Dios, sino Dios mismo.

Pablo escribió a Timoteo la verdadera raíz de los problemas, y no es el tener, sino el amor por el tener, es la mala conexión con los bienes materiales:

***“Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.”***

1 Timoteo 6:10

Observemos cuidadosamente que el problema no es el dinero en sí mismo, sino el amor desordenado hacia él. Porque cuando el corazón comienza a idolatrar lo material, pierde sensibilidad espiritual. Y una iglesia obsesionada con prosperar termina debilitándose en discernimiento, santidad y dependencia de Dios. Por otra parte, cuando una iglesia rechaza todo bien material, lo único que hace es caer en incapacidad, ante un sistema que utiliza el dinero como poder. (Les recomiendo leer mi libro titulado “Conquistando las puertas del sistema global”)

El Reino nunca fue diseñado para funcionar bajo los valores humanos, ni en lo poco, ni en lo mucho. Jesús enseñó contentamiento, dependencia del Padre y prioridad espiritual. El creyente del Nuevo Pacto no vive gobernado por ansiedad constante, porque entiende que su verdadera riqueza está en Cristo, con cosas o sin cosas.

El evangelio del Reino no promueve pobreza, mediocridad o irresponsabilidad, pero tampoco riqueza como el único fin. El Reino no glorifica la miseria y tampoco

depende de lo material. Dios sigue bendiciendo, proveyendo y abriendo puertas. Pero existe una diferencia enorme entre funcionar en el poder de la bendición y convertir el bienestar en el centro del Evangelio.

La Iglesia necesita volver urgentemente a predicar que el propósito principal de la salvación no es producir personas exitosas según los parámetros del mundo, sino formar hombres y mujeres semejantes a Cristo. Porque alguien puede sufrir pobreza o disfrutar riquezas y aun así permanecer esclavos del ego, de la carnalidad y de la superficialidad espiritual.

Quizás allí está una de las mayores tragedias del cristianismo moderno: hemos producido generaciones obsesionadas con sus propios deseos, mientras descuidan completamente la transformación interna y la unción espiritual.

El Evangelio verdadero vino para transformar corazones. Cristo no murió en la cruz para llevar a los seres humanos a una vida de ascetismo, ni para hacer más cómoda la vida del viejo hombre, sino para crucificarlo y levantar una nueva creación gobernada por el Espíritu Santo. La fe bíblica no se debe utilizar para obtener beneficios personales, sino para vivir conforme a la voluntad de Dios.

Mientras la Iglesia no vuelva a comprender eso, continuará formando creyentes vulnerables, emocionalmente dependientes de las circunstancias y espiritualmente

incapaces de sostenerse en tiempos difíciles, o en ciclos de abundancia.

Porque el Evangelio que Jesús predicó nunca propuso pobreza, ni prometió comodidad como prioridad. Prometió algo infinitamente más profundo: una vida regenerada, madura y destacada bajo el gobierno de Dios.

***“En el reino de Dios no importa lo que se come ni lo que se bebe. Más bien, lo que importa es hacer el bien, y vivir en paz y con alegría. Y todo esto puede hacerse por medio del Espíritu Santo”.***

Romanos 14:17 TLA



## Capítulo tres

# LA GRACIA DE SU SALVACIÓN

Si existe una verdad gloriosa que el Evangelio revela con absoluta claridad, es que la salvación del hombre es producto de la gracia de Dios y no del mérito humano. Nadie puede alcanzar justicia por sus propias obras, esfuerzos o capacidades espirituales.

La cruz destruyó para siempre toda posibilidad de jactancia humana y abrió el camino para que pecadores fueran reconciliados con Dios por medio de Jesucristo. Sin embargo, una de las distorsiones más peligrosas del cristianismo moderno ha sido tomar la verdad de la gracia y separarla completamente del arrepentimiento, de la transformación y de la obediencia al Señor.

El resultado ha sido la aparición de un evangelio extremadamente cómodo para la carne humana: un mensaje donde muchas veces se habla del amor de Dios, pero casi nunca de Su santidad; donde se predica aceptación, pero no transformación; donde se ofrece salvación sin regeneración y gracia sin confrontación del pecado.

Aunque esto pueda parecer compasivo o moderno, en realidad termina produciendo una generación espiritualmente débil, incapaz de comprender el verdadero propósito del Nuevo Pacto. Cuando se le dice a alguien que será salvo si acepta a Jesús, ya se lo está metiendo por la ventana, porque ese es un gran error doctrinal. A la Iglesia se accede por regeneración y al Reino por revelación.

Porque la gracia bíblica jamás fue diseñada para tolerar el dominio del pecado en la vida del creyente. La gracia no solamente perdona; también transforma. No vino únicamente para evitar la condenación eterna, sino para restaurar el gobierno de Dios en el corazón de los hombres. Si no fuera por la gracia soberana, nadie accedería a la salvación. (Les recomiendo leer mi libro titulado “Salvados por Su gracia”).

Uno de los problemas más graves del cristianismo contemporáneo es que muchos púlpitos dejaron de predicar arrepentimiento con claridad. Hablan de bienestar, propósito, crecimiento y bendición, pero evitan confrontar el pecado por temor a incomodar a las personas o parecer demasiado duros. Poco a poco, el mensaje comenzó a adaptarse a una cultura que rechaza toda confrontación moral y que considera ofensiva cualquier enseñanza que llame al hombre a abandonar su pecado.

Pero Jesús jamás evitó el arrepentimiento en Su predicación. De hecho, ese fue uno de los ejes centrales de Su mensaje desde el comienzo de Su ministerio. Cuando se le dice a un inconverso que Dios está a las puertas y llama y

que si lo dejan entrar comerá con ellos, no se hace más que inflamarles el orgullo, cuando en realidad ese concepto casi irónico del Señor fue dicho a la Iglesia de Laodicea, no a los impíos (**Apocalipsis 3:20**).

El anuncio del Reino venía acompañado de un llamado urgente al arrepentimiento. Porque nadie puede entrar verdaderamente bajo el gobierno de Dios sin confrontar aquello que se opone a Su voluntad dentro del corazón. Observe el orden de las palabras de Cristo.

***“El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.”***

Marcos 1:15

El arrepentimiento bíblico no consiste solamente en sentir culpa emocional. Mucho menos en repetir una oración superficial. Arrepentirse significa cambiar de dirección, abandonar el gobierno del pecado y rendirse al señorío de Cristo. Es una obra profunda del Espíritu Santo que produce transformación real en la vida de cada creyente, por causa de la vida regenerada Su operación.

Sin embargo, gran parte del cristianismo moderno redujo la conversión a una experiencia emocional momentánea. Muchas personas “aceptan a Cristo” sin verdadero quebrantamiento, sin comprensión del pecado y sin rendición genuina. Se les enseña que ahora son salvas, pero casi nunca se les habla de morir al yo, de santidad o de obediencia al Espíritu Santo.

El resultado es una generación que muchas veces posee lenguaje cristiano, pero continúa viviendo bajo patrones carnales sin convicción espiritual. Personas que desean las promesas del Reino, pero sin abandonar aquello que entristece a Dios.

Aquí aparece una de las deformaciones más peligrosas de esta generación: utilizar la gracia como excusa para permanecer espiritualmente indiferentes. Algunos han llegado incluso a presentar cualquier llamado a la santidad como legalismo, confundiendo la libertad del Nuevo Pacto con permisividad espiritual. Pero la gracia jamás fue permiso para pecar. Pablo confrontó contundentemente esa idea cuando escribió:

***“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera.”***

Romanos 6:1 y 2

La expresión ***“en ninguna manera”*** refleja la firmeza absoluta con la que el apóstol rechaza esa mentalidad. Porque quien verdaderamente entendió la gracia no desarrolla amor hacia el pecado, sino un deseo creciente de agradar a Dios.

La gracia genuina no produce rebeldía; produce transformación interior. No fortalece la carnalidad; libera de su dominio. No adormece la conciencia; la despierta. El problema es que muchos desean un evangelio que les permita conservar simultáneamente el mundo y a Cristo. Quieren tranquilidad espiritual sin rendición verdadera. Desean

sentirse aceptados por Dios mientras continúan gobernados por los mismos deseos, hábitos y estructuras internas que antes dominaban sus vidas.

Pero Jesús nunca llamó a las personas simplemente a agregar elementos religiosos a su existencia. Él habló de nuevo nacimiento. Habló de transformación profunda. Habló de una vida completamente sometida al Espíritu Santo.

La diferencia entre aceptación y transformación es fundamental. Dios recibe al pecador con misericordia, pero no para dejarlo igual. El amor de Dios jamás valida el pecado; busca rescatar al hombre de su esclavitud.

Por eso el Nuevo Pacto no consiste solamente en el perdón de pecados, sino también en la impartición de una nueva naturaleza espiritual. El Espíritu Santo viene a habitar en el creyente para producir una vida diferente, un nuevo corazón y nuevos deseos. La verdad del evangelio es esta:

***“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó...”***

Efesios 2:4 al 6

La salvación proviene del Señor (**Salmo 3:8; Jonás 2:9**), no proviene de los hombres. Los muertos no levantan la mano para elegir a Dios, solo pueden llegar a la vida por regeneración. Por eso Jesús le dijo a Nicodemos que era

necesario nacer de nuevo para ver el Reino y para entrar al Reino (**Juan 3:3 al 5**).

Observemos cuidadosamente lo que Pablo escribió, respecto de que la gracia nos salva y nos enseña a renunciar a una vida de pecado, llevándonos a vivir en verdadera santidad. Lo que la gracia enseña no es permisividad, sino renuncia a la impiedad. La verdadera gracia conduce al creyente hacia una vida transformada.

***“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente.”***

Tito 2:11 y 12

Lamentablemente, muchas iglesias modernas han reemplazado la convicción espiritual por tolerancia emocional. El pecado ya no es confrontado con claridad porque existe temor a perder miembros, disminuir asistencia o parecer demasiado radicales frente a la cultura actual. Pero cuando una iglesia deja de confrontar el pecado, inevitablemente comienza a producir creyentes carnales e inmaduros.

Una generación que nunca escucha acerca del arrepentimiento difícilmente desarrollará temor de Dios. Y sin temor de Dios, el cristianismo se convierte fácilmente en una experiencia superficial basada solamente en emociones pasajeras.

El problema no es predicar amor, porque Dios es amor (**1 Juan 4:8**). El problema aparece cuando se presenta un amor desconectado de la verdad, de la santidad y de la transformación, porque el Señor al que corrige ama (**Proverbios 3:12**). Porque el amor bíblico no ignora el pecado; confronta aquello que destruye al hombre.

Jesús jamás condenó al pecador que se acercaba arrepentido, pero tampoco minimizó el pecado. A la mujer sorprendida en adulterio le dijo: **“Ni yo te condeno”**, pero inmediatamente añadió: **“Vete, y no peques más...”** La gracia la levantó, pero también la llamó a una vida diferente.

Esa es precisamente la diferencia entre el Evangelio bíblico y muchas distorsiones modernas. El Evangelio auténtico ofrece misericordia, pero también exige transformación. Recibe al hombre roto, pero no negocia la verdad. Perdona completamente, pero también llama a abandonar aquello que esclaviza para dar verdadero fruto espiritual.

Y aquí debemos entender algo profundamente importante: el arrepentimiento no es enemigo de la gracia; es parte de la obra de la gracia. Porque solamente cuando el Espíritu Santo convence al hombre de pecado puede llevarlo verdaderamente a Cristo.

Una iglesia que deja de hablar del pecado terminará perdiendo también el valor de la cruz. Porque si el pecado ya no parece grave, entonces el sacrificio de Cristo deja de

percibirse como necesario. Y cuando eso ocurre, el Evangelio entero comienza a vaciarse de profundidad espiritual. (Les recomiendo leer mi libro titulado “El alto costo del pecado”).

La cruz revela simultáneamente el amor de Dios y la gravedad del pecado humano. Cristo murió porque el pecado destruye, separa y esclaviza. Reducir el Evangelio a un simple mensaje motivacional es minimizar el precio terrible que Jesús pagó en el Calvario.

La Iglesia necesita volver urgentemente a predicar una gracia que transforme, una gracia que libere, una gracia que produzca santidad y una gracia que restaure el señorío de Cristo sobre la vida del creyente. Porque la verdadera gracia no hace al hombre más permisivo con el pecado; lo hace más sensible a la presencia de Dios.

Mientras el arrepentimiento continúe ausente de muchos pulpitos, seguiremos produciendo cristianos emocionalmente cómodos, pero espiritualmente débiles; personas familiarizadas con ambientes religiosos, pero no verdaderamente convertidas por el poder del Espíritu Santo.

El Evangelio que Jesús predicó nunca ofreció salvación, sino que salvó para transformar. Ofreció una vida completamente nueva bajo el gobierno del Reino de Dios. Aun lo hizo por medio de promesas, porque todavía no había ido a la cruz, pero Él enseñó claramente lo que luego el Espíritu Santo les haría recordar a sus discípulos y a quienes lo escucharon enseñar (**Juan 14:26**).

El evangelio que Jesús predicó no fue un evangelio netamente evangelístico como algunos proponen, porque el Nuevo Pacto, o el Pacto Eterno, solo comenzó después de Su muerte y resurrección. Él pudo perdonar pecados, porque todo pecado ofendió al Padre y Él era la imagen del Dios invisible, pero no pudo justificar a nadie hasta que no entregó Su vida en la cruz del Calvario.

Por eso su evangelio incluye parábolas, que nada tenían que ver con historias simples que permitieran el entendimiento del Reino. Por el contrario, Él dijo que eran para que oyendo no pudieran entender, ni se arrepintieran, ni se convirtieran (**Mateo 13:13 al 15**). Eso no parece muy evangelístico, pero era legalidad en curso.

El evangelio que Jesús predicó fueron Sus hechos y Sus Palabras de vida Eterna. Palabras que, desde entonces, han sido vivificadas por el Espíritu Santo a quien la gracia soberana determine. Esa es la verdad, aunque a muchos les pese y pretendan cuestionar Su justicia.

***“¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca”.***

Romanos 9:14 y 15



## Capítulo cuatro

# LA FE SIN OBEDIENCIA

Uno de los mayores engaños espirituales de esta generación es haber separado la fe de la obediencia. En muchos sectores del cristianismo moderno se ha desarrollado la idea de que una persona puede creer en Jesús, identificarse como cristiana e incluso participar activamente de ambientes de iglesia, mientras continúa viviendo bajo el gobierno de su propia voluntad sin verdadera rendición al señorío de Cristo.

El resultado es un cristianismo superficial, emocional y extremadamente frágil, donde abundan las decisiones momentáneas, pero escasean los discípulos verdaderamente transformados. Se predica acerca de recibir a Cristo, pero muchas veces se evita hablar acerca de someterse a Él. Se ofrece salvación, pero casi no se menciona el costo del discipulado. Y lentamente hemos producido generaciones que desean los beneficios del Reino sin aceptar el gobierno del Rey.

Sin embargo, el Evangelio que Jesús predicó jamás separó la fe de la obediencia. Para Cristo, creer implicaba

seguirlo, rendirse y vivir bajo Su autoridad. La fe bíblica nunca fue simplemente una afirmación intelectual, ni una emoción pasajera, ni el resultado de deseos cargados de esperanza para poder recibir milagros; la fe siempre produjo vidas transformadas por la obediencia.

Vivimos en tiempos donde muchas personas consideran que ser cristiano consiste principalmente en asistir a reuniones, escuchar predicaciones o experimentar emociones espirituales ocasionales. Pero el discipulado verdadero va mucho más allá de una experiencia externa.

Jesús nunca llamó admiradores; llamó seguidores. Nunca buscó simpatizantes religiosos; formó hombres y mujeres dispuestos a abandonar todo para caminar bajo Su gobierno. Por eso Sus palabras continúan confrontando profundamente al cristianismo moderno:

***“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.”***

Mateo 7:21

Estas palabras son profundamente solemnes porque revelan que existe una diferencia enorme entre reconocer verbalmente a Cristo y vivir verdaderamente sometidos a Él. Jesús deja en claro que no basta con usar lenguaje espiritual o identificarse externamente con la fe; el Reino se manifiesta en obediencia real.

Es aquí donde aparece uno de los problemas centrales del cristianismo contemporáneo: muchos quieren a Jesús como el Dios bueno que puede complacerlos, pero no como el Señor que puede demandarlo todo. Desean perdón, protección y bendición, pero no quieren que Cristo gobierne completamente sus planes, sus decisiones, pensamientos y prioridades. Quieren un Evangelio que les permita conservar el control de sus vidas mientras reciben los beneficios espirituales del Reino. Pero ese no es el Evangelio que predicó Jesús.

***“Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”.***

Lucas 14:25 al 27

El mensaje de Jesús siempre confrontó el ego humano y llamó a una rendición radical, incluso eligiéndolo a Él por sobre cualquier afecto familiar. Seguir a Cristo nunca fue presentado como una experiencia cómoda para la carne. Implica abandonar el gobierno del yo para vivir bajo el gobierno del Espíritu Santo.

Sin embargo, gran parte de la predicación moderna ha reducido la fe a una experiencia emocional momentánea. Muchas personas toman decisiones apresuradas movidas por emoción, temor o entusiasmo temporal, pero sin verdadera comprensión del señorío de Cristo. Como resultado, existen

multitudes que profesan creer, pero cuya vida cotidiana permanece prácticamente desconectada de la obediencia al Evangelio del Reino. Santiago confrontó esta superficialidad espiritual de manera directa:

***“Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.”***

Santiago 2:17

El apóstol no está enseñando salvación por obras, ni está proponiendo hacer cosas para recibir milagros, sino que está mostrando que la fe genuina inevitablemente produce evidencias visibles. Una fe que nunca transforma conductas, prioridades ni carácter debe ser examinada seriamente, porque el Nuevo Pacto no consiste simplemente en modificar declaraciones externas, sino en producir una nueva vida.

La obediencia no es el medio para ganar salvación; es la evidencia de una fe verdadera. El problema es que esta generación muchas veces quiere experimentar el consuelo de las promesas sin atravesar el proceso de rendición que el Reino exige.

Jesús jamás escondió el costo del discipulado. Nunca manipuló multitudes prometiendo comodidad. Al contrario, constantemente confrontó las motivaciones superficiales de quienes deseaban seguirlo solamente por conveniencia. Cuando las personas lo buscaban por interés personal, Él exponía las verdaderas condiciones del Reino.

Porque el Reino no funciona bajo la lógica del consumidor moderno. Cristo no vino para negociar términos con el ego humano. Él vino como Señor. Y esto resulta profundamente incómodo para una cultura obsesionada con la autonomía personal. Hoy todos dicen luchar por la libertad, pero consideran libertad el poder hacer lo que quieren, cuando en realidad, libertad es hacer las cosas correctas por causa de la verdad revelada (**Juan 8:32**).

El hombre moderno quiere decidir por sí mismo qué obedecer y qué ignorar. Quiere construir una espiritualidad adaptable a sus preferencias. Pero el Evangelio destruye esa ilusión, porque seguir a Jesús implica reconocer Su autoridad absoluta sobre toda la vida. Por eso Jesús declaró:

***“Si me amáis, guardad mis mandamientos.”***

Juan 14:15

Observemos que Jesús conecta el amor con la obediencia, no con el simple afecto de las palabras o las canciones. En la mentalidad moderna muchas veces el amor es reducido solamente a emociones, pero en el Reino, el amor verdadero produce obediencia voluntaria. No por obligación religiosa, sino porque el corazón transformado desea agradecer al Señor y obedecerlo en todo.

Uno de los daños más graves del evangelio superficial es que produce creyentes emocionalmente dependientes, pero espiritualmente inmaduros. Personas que buscan constantemente experiencias, motivación o sensaciones

espirituales, pero que carecen de disciplina, perseverancia y obediencia práctica en su vida diaria.

El problema se produce cuando llegan las pruebas, las tentaciones o las temporadas difíciles, muchos abandonan rápidamente porque nunca desarrollaron raíces profundas en Cristo. Cuando la relación con Dios está sostenida principalmente por emociones momentáneas y no por una convicción sólida de obediencia, cualquier adversidad puede hacer que algunos dejen aun de congregarse.

Hoy por hoy, tenemos una cantidad sin precedente, de gente que no se congrega. Después de la famosa pandemia de hace unos años, la Iglesia no volvió a ser la misma. Un montón de gente dice ser cristiana, aunque no den fruto. Ellos dicen vivir con fe, hablan de Dios, dicen relacionarse con Él, pero viven a su manera; sin hacer lo que Dios demanda en Su Palabra.

Jesús explicó esta realidad en la parábola del sembrador. Algunos reciben la palabra con gozo inmediato, pero al no tener profundidad, tropiezan rápidamente cuando aparecen dificultades. El problema nunca fue solamente emocional; es un problema de raíz. Tal vez algunos nunca asuman esto, pero es así, se enfriaron y no asocian a Cristo con Su cuerpo, que es la Iglesia.

La obediencia siempre ha sido una evidencia del Reino operando en el corazón humano. No una obediencia legalista basada en temor religioso, sino una obediencia nacida de una

relación viva con Cristo. El Espíritu Santo no solamente consuela al creyente; también lo transforma, corrige y guía hacia la verdad.

Sin embargo, gran parte del cristianismo contemporáneo ha reemplazado el discipulado por decisiones rápidas y superficiales. Se cuentan conversiones, pero muchas veces sin formar verdaderamente a las personas en obediencia, carácter y vida espiritual profunda. Como resultado, existen congregaciones llenas de creyentes inmaduros que conocen lenguaje cristiano, pero no han aprendido a caminar bajo el gobierno práctico de Cristo.

Y esto produce otra tragedia: cristianos que desean autoridad espiritual sin haber desarrollado rendición espiritual. Personas que quieren poder, unción o bendición, pero sin morir al orgullo, a la autosuficiencia y a la rebeldía interior.

Pero en el Reino no existe verdadera autoridad sin obediencia previa. Jesús mismo, aun siendo Hijo, caminó en obediencia al Padre. Y si Cristo vivió rendido a la voluntad del Padre, cuánto más nosotros necesitamos aprender a vivir bajo el gobierno del Espíritu Santo.

La cultura moderna exalta independencia, autonomía y autoafirmación. Pero el Reino exalta dependencia de Dios, humildad y rendición. Por eso el Evangelio auténtico inevitablemente confronta la mentalidad de esta generación.

Muchos quieren un cristianismo que los haga sentir bien, pero no uno que transforme radicalmente su manera de vivir. Quieren inspiración, pero no corrección. Desean promesas, pero no disciplina espiritual. Anhelan las bendiciones del Reino, pero resisten el proceso de formación que el Reino produce.

Sin embargo, Jesús nunca prometió que seguirlo sería fácil para la carne. El discipulado verdadero implica negarse a uno mismo diariamente. Significa permitir que Cristo gobierne pensamientos, palabras, decisiones, relaciones, prioridades y deseos.

Y aquí debemos entender algo profundamente importante: la obediencia no es una carga para quien verdaderamente ama a Cristo. Cuando el corazón es transformado por la gracia, comienza a surgir un deseo genuino de agradar al Señor. La obediencia deja de ser mera obligación externa y se convierte en respuesta de amor hacia Aquel que nos salvó.

Recuerdo los días de mi conversión. Tuve un encuentro con el Señor estando solo en mi negocio; allí recibí vida y una liberación extraordinaria. Sin embargo, nunca había asistido a una iglesia evangélica y afirmé que no lo haría. Estaba profundamente impactado y quebrantado por la experiencia, pero tenía un concepto negativo de la iglesia evangélica y me resistía a ir.

Esa decisión duró muy poco. A la semana tuve que asistir para filmar un bautismo, y la experiencia fue tan extraordinaria que dije: “¡Aquí tengo que volver!”. Comencé a congregarme entre semana, aunque reservaba los domingos para mí, porque miraba fútbol en directo. Pero también eso duró poco: un par de semanas después ya estaba en todas las reuniones de la iglesia.

En esos días, el pastor me dijo que, considerando las experiencias que estaba teniendo con Dios, debía bautizarme. Respondí que no, que lo haría cuando me casara, pues aún era joven y soltero. Por supuesto, no entendía nada de la vida de fe, y por eso pensaba de esa manera. Pero también esa resistencia duró muy poco: Dios trató conmigo esa misma semana, y días después ya estaba en las aguas del bautismo.

Al bautizarme le pedí al pastor que no me pusiera a servir en ninguna área, porque no tenía intención de hacerlo. Sin embargo, a la semana ya estaba en el frente con el alfolí levantando una ofrenda; al mes lideraba un grupo de limpieza y ya estaba predicando; al año era líder de jóvenes; y a los dos años, era un evangelista consagrado, viviendo a tiempo completo para Dios.

Desde entonces he fluido como ministro itinerante, he sido pastor durante más de veinte años, nombrado maestro de la Palabra, he recibido un doctorado y ahora realizo un trabajo apostólico asesorando a decenas de pastores en diferentes naciones. No he dejado de trabajar ni de viajar

durante muchos años, y he tenido la dicha de escribir decenas y decenas de libros.

En otras palabras, Dios obra como quiere. Cuando uno lo ama, aunque diga que no hará algo, si Dios lo quiere, lo termina haciendo, porque nos convertimos en esclavos de Cristo por amor. No se puede vivir la fe sin obediencia, ni se puede amar a Dios sin obedecerle en todo.

***“Me agrada, Dios mío, hacer tu voluntad;  
tu Ley la llevo dentro de mí.”***

Salmo 40:8

La Iglesia necesita volver urgentemente a predicar un Evangelio donde Cristo no sea solamente presentado como Salvador, sino también como Rey y Señor. Porque el problema de muchos creyentes no es falta de información espiritual, sino falta de rendición verdadera.

Mientras sigamos formando discípulos de casas ministeriales y no de Cristo, creyentes sin obediencia y conversiones sin transformación, continuaremos viendo generaciones espiritualmente débiles, incapaces de resistir la presión cultural y vulnerables a todo viento de doctrina.

El Evangelio que Jesús predicó nunca ofreció beneficios del Reino sin gobierno del Rey. Porque creer verdaderamente en Cristo implica también someterse completamente a Él.



## Capítulo cinco

# UN EVANGELIO SIN CRUZ

Vivimos en una generación obsesionada con evitar el dolor. La cultura moderna ha convertido la comodidad en un derecho absoluto y el sufrimiento en algo que debe eliminarse a cualquier precio. Todo gira alrededor de sentirse bien, evitar incomodidades y preservar constantemente el bienestar emocional. Y lamentablemente, esa mentalidad también penetró profundamente en muchos sectores del cristianismo contemporáneo.

Poco a poco comenzó a predicarse un evangelio extremadamente cómodo para la carne humana: un cristianismo donde casi no existe espacio para el sacrificio, el quebrantamiento, la perseverancia en medio de pruebas o el padecimiento por causa de Cristo. En muchos lugares, la fe se presenta como un camino hacia una vida más fácil, más estable y emocionalmente más placentera, como si seguir a Jesús tuviera como propósito principal evitar sufrimientos.

Sin embargo, cuando observamos cuidadosamente las Escrituras, descubrimos algo completamente diferente. Jesús

jamás ocultó que el discipulado incluiría oposición, renuncia y dolor. Nunca prometió comodidad terrenal como prioridad. Por el contrario, enseñó constantemente que la cruz sería parte inseparable de la vida de aquellos que decidieran seguirlo verdaderamente.

*“Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; más el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios. Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios”.*

Lucas 9:57 al 62

Estas palabras son profundamente contraculturales. Jesús habló con tres personas diferentes. Personas que supuestamente estaban dispuestos a seguirlo. Sin embargo, no lo vemos bajando los requisitos de admisión, sino aumentándolos terriblemente. Él no habló de una fe centrada en la comodidad personal, sino de una vida marcada por la rendición, la muerte al yo y la disposición a permanecer fiel aun en medio del sufrimiento.

Pero gran parte del cristianismo moderno ha tratado de eliminar precisamente eso del mensaje. Se predica acerca de

victoria, éxito y bienestar, pero casi nunca acerca de perseverar en medio de aflicciones. Se habla mucho de conquistas, pero poco de quebrantamiento. Y como resultado, hemos producido generaciones espiritualmente incapaces de soportar pruebas.

El problema no es solamente doctrinal; es profundamente espiritual. Porque cuando una iglesia deja de predicar la cruz, inevitablemente comienza a formar creyentes débiles frente a la dificultad. Personas que permanecen firmes mientras todo parece favorable, pero que se desmoronan rápidamente cuando llegan el dolor, la persecución o las temporadas de desierto espiritual.

Jesús nunca prometió que seguirlo sería fácil para la carne. De hecho, advirtió claramente que el Reino enfrentaría oposición en un mundo gobernado por valores contrarios a Dios. El problema es que muchos desean un cristianismo compatible con la comodidad del sistema, cuando el Evangelio auténtico siempre confrontará la mentalidad del mundo.

Es como si olvidáramos las aflicciones padecidas por la Iglesia de manera histórica. O no tuviéramos en cuenta que el primer mártir fue el evangelista Esteban, quien fue apedreado públicamente; que el apóstol Pedro murió crucificado boca abajo en Roma durante la persecución del emperador Nerón; que Andrés también fue crucificado y que según la tradición pasó dos días predicando a la multitud desde el madero antes de fallecer. Que Santiago el Mayor

hijo de Zebedeo fue decapitado a espada en Jerusalén por orden del rey Herodes.

Que Juan, el discípulo amado murió de causas naturales, pero antes de morir pasó por la dura experiencia de ser encarcelado y torturado, sobreviviendo a un intento de ser hervido en aceite en Roma, antes de ser exiliado a la isla de Patmos; que Felipe fue azotado y murió colgado en un madero; que Natanael sufrió uno de los martirios más crueles, al ser desollado vivo y luego decapitado.

Que Tomás fue asesinado con una lanza en la India, lugar al que había viajado para evangelizar: que Mateo fue atravesado con una espada o alabarda mientras celebraba una reunión de culto: que Santiago el hijo de Alfeo fue arrojado desde el pináculo del Templo de Jerusalén, pero al sobrevivir, sus ejecutores lo apedrearon y golpearon en la cabeza con un garrote hasta matarlo.

Que Judas Tadeo fue asesinado a golpes de cachiporra o con un hacha en Persia; que Simón el Zelote fue martirizado en Persia, siendo aserrado por la mitad; que Matías, el elegido para sustituir a Judas fue apedreado y posteriormente decapitado en Jerusalén; o que Pablo fue decapitado por la espada en Roma, también bajo el mandato de Nerón.

Hay miles y miles de historias de martirio, de dolor y de sacrificio en estos más de dos mil años de historia de la Iglesia. Ni que hablar de los duros años de las diferentes inquisiciones en Europa después de la reforma y todo lo

vivido por hermanos en países donde el evangelio ha sido prohibido.

Amados, la vida de Reino, nunca ha sido fácil y nunca lo será. De hecho, estamos a las puertas de los años más duros que vendrán sobre el mundo entero, y como Iglesia debemos estar preparados para enfrentarlos estoicamente.

Lamentablemente, parte del cristianismo contemporáneo ha desarrollado un evangelio terapéutico, donde el objetivo principal parece ser hacer sentir bien a las personas continuamente. La predicación muchas veces gira alrededor de autoestima, bienestar emocional y satisfacción personal, mientras se evita hablar de negarse a uno mismo, soportar pruebas o perseverar en fidelidad en medio del dolor.

Pero el Reino no fue diseñado para producir personas emocionalmente cómodas; fue diseñado para formar discípulos semejantes a Cristo. Y aquí debemos comprender algo profundamente importante: Dios muchas veces utiliza precisamente las pruebas para transformar el carácter del creyente. El sufrimiento no siempre es señal de ausencia divina; muchas veces es escenario de formación espiritual.

Sin embargo, una generación acostumbrada a escuchar solamente mensajes de éxito tiene enormes dificultades para interpretar correctamente los procesos difíciles. Cuando aparecen pruebas, algunos concluyen rápidamente que algo está mal con su fe, que Dios los abandonó o que perdieron

favor espiritual. Pero el Nuevo Pacto jamás enseñó que la ausencia de sufrimiento fuera evidencia de madurez. Pablo escribió algo extraordinariamente confrontativo para esta generación:

***“Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él.”***

Filipenses 1:29.

Observe cuidadosamente que Pablo presenta el padecimiento por Cristo no como una tragedia espiritual, sino como parte del caminar cristiano. Esto resulta casi incomprensible para gran parte del evangelio moderno, porque muchos fueron enseñados a pensar que la fe elimina automáticamente todo sufrimiento.

Pero los apóstoles jamás pensaron de esa manera. Ellos comprendían que seguir a Cristo implicaba oposición, rechazo y aun persecución. Y lejos de abandonar el Evangelio por eso, permanecían firmes porque habían entendido que el Reino valía mucho más que la comodidad temporal.

Aquí aparece una realidad dolorosa: muchas veces queremos un Cristo que nos bendiga, pero no un Cristo al cual debemos seguir hasta el Calvario. Deseamos resurrección, pero evitamos la cruz. Queremos gloria, pero rechazamos el quebrantamiento. Sin embargo, el camino del Reino siempre pasa primero por la muerte del yo.

La cruz no es solamente el lugar donde Cristo murió; también representa el modelo del discipulado cristiano. Jesús no llamó a Sus seguidores a admirar la cruz desde lejos, sino a cargarla diariamente. Y eso implica morir continuamente al orgullo, al egoísmo, a la autosuficiencia y a los deseos carnales.

Pero la cultura moderna detesta esa idea. Vivimos en una sociedad donde todo está diseñado para alimentar el yo, satisfacer impulsos inmediatos y evitar cualquier forma de sufrimiento. Y cuando esa mentalidad entra en la Iglesia, inevitablemente produce creyentes centrados en sí mismos.

Por eso muchos abandonan congregaciones cuando dejan de sentirse cómodos. Otros se ofenden fácilmente cuando son confrontados por la verdad. Algunos buscan constantemente lugares donde jamás se incomode su carne. Y así el cristianismo comienza lentamente a transformarse en una experiencia de consumo emocional más que en un verdadero discipulado.

Sin embargo, Jesús jamás formó discípulos sobre la base de comodidad emocional. Él formó hombres capaces de perseverar aun bajo persecución, rechazo y sufrimiento. Los discípulos entendieron que seguir al Maestro implicaba caminar por el mismo sendero de rendición y fidelidad.

***“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución.”***

2 Timoteo 3:12

Observe que no dice “quizás padezcan” sino **“padezerán”**. Porque una vida verdaderamente alineada con Cristo inevitablemente chocará con el espíritu del mundo. El Reino confronta sistemas, pensamientos y valores humanos. Y esa confrontación muchas veces genera oposición. Pero precisamente allí se revela la autenticidad de la fe. Porque una fe que solamente sobrevive en ambientes cómodos difícilmente resistirá los tiempos difíciles.

La Iglesia necesita urgentemente recuperar una teología bíblica del sufrimiento. No para glorificar el dolor en sí mismo, sino para entender que Dios continúa obrando aun en medio de las pruebas. Muchas de las obras más profundas del Espíritu Santo nacen precisamente en temporadas de quebrantamiento.

Dios no está obsesionado solamente con hacer más cómoda nuestra vida; está comprometido con transformarnos a la imagen de Cristo. Y muchas veces esa transformación ocurre precisamente cuando el ego es quebrantado, cuando la autosuficiencia cae y cuando el creyente aprende a depender verdaderamente del Señor.

El problema del evangelio sin cruz es que produce creyentes incapaces de sostenerse espiritualmente cuando desaparecen las emociones, los aplausos o la comodidad. Personas que conocen celebraciones, pero no perseverancia. Que disfrutan congresos, pero no saben atravesar desiertos. Y una iglesia así se vuelve extremadamente vulnerable frente a los tiempos que se vienen.

La Iglesia del futuro necesitará creyentes firmes, maduros y profundamente arraigados en Cristo. Hombres y mujeres capaces de permanecer fieles aun cuando seguir a Jesús implique rechazo, oposición o sufrimiento. Porque los tiempos que vienen no demandarán solamente creyentes emocionados; demandarán discípulos resistentes.

El Evangelio que Jesús predicó nunca eliminó la cruz del camino cristiano. Al contrario, la colocó en el centro mismo del discipulado. Porque antes del trono, siempre está la cruz.



## PARTE II

# LA CRISIS DEL LIDERAZGO MODERNO

## Capítulo seis

# MINISTROS POPULARES MENSAJES VACÍOS

El púlpito siempre ha sido uno de los lugares más sagrados dentro de la vida de la Iglesia. Desde allí se proclama la Palabra de Dios, se forma el carácter espiritual de las generaciones y se establece dirección para el pueblo del Señor. Por esa razón, cuando el púlpito se corrompe, la Iglesia inevitablemente comienza a debilitarse. Porque jamás existirá una congregación verdaderamente saludable bajo un mensaje constantemente superficial.

Una de las señales más alarmantes del cristianismo moderno es la transformación progresiva de muchos pulpitos en plataformas de popularidad. La predicación dejó de ser, en numerosos casos, una proclamación profética de la verdad para convertirse en un producto diseñado cuidadosamente para agradar emociones humanas, mantener auditorios satisfechos y conservar aceptación pública.

Y aunque esto no ocurre en todos los lugares, este deseo dejarlo muy en claro, sí se ha vuelto una tendencia cada vez más visible. Vivimos en la era de la imagen, del

marketing y de la aprobación inmediata. Las redes sociales, la cultura digital y la obsesión moderna con la popularidad también comenzaron a moldear la mentalidad de muchos líderes cristianos. Poco a poco, algunos púlpitos dejaron de preguntarse: “¿Estamos siendo fieles a la verdad?”, para comenzar a preguntarse: “¿Cómo mantener personas interesadas y emocionalmente satisfechas?”

Ese cambio parece pequeño, pero espiritualmente ha sido enormemente dañino. Varios ministerios con gran desarrollo, con mega templos, con mucha popularidad, han sido de influencia de esta penosa tendencia. Los ministros que lideran este tipo de iglesias se han vuelto muy famosos y tristemente, muchos cristianos los ven como si fueran famosos actores de Hollywood, y ellos han contribuido en proyectar esa imagen, porque eso les otorga un rango de influencia y provecho personal.

Esto es muy triste, no solo porque Jesús nos enseñó a desarrollar un liderazgo de servicio, sino porque todo esto evidencia un pueblo carente de sabiduría. Un pueblo sin bases doctrinales firmes que, llevado por todo viento de pensamientos erróneos, se dejan engañar fácilmente y se doblegan a ese tipo de ministerios.

La verdad es que, si en el púlpito se comienza a buscar aplausos, el evangelio se negociará. Inevitablemente se disminuirá la confrontación y las demandas verdaderas. Y cuando no se predica el evangelio del Reino, lo que se

procurará es complacer el ego humano y no la voluntad del Rey. Por esto Pablo escribió con firmeza:

***“Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios?  
¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía  
agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.”***

Gálatas 1:10

Estas palabras revelan un principio fundamental: existe un momento donde el predicador debe decidir si servirá a la verdad o a la aprobación humana. Porque ambas cosas no siempre caminarán juntas. Esto no implica que el evangelio del Reino no sea una buena nueva, porque sí lo es, pero no para complacer caprichos, sino para caminar en el propósito eterno de Dios.

Jesús mismo fue profundamente amado por algunos, pero también rechazado por muchos. Los profetas fueron perseguidos precisamente porque confrontaban aquello que el pueblo no quería escuchar. Los apóstoles enfrentaron oposición porque anunciaban un Reino que incomodaba al sistema. Y sin embargo, gran parte del liderazgo moderno parece aterrorizado ante la posibilidad de incomodar a las personas.

Por eso abundan mensajes extremadamente suaves, emocionalmente agradables y cuidadosamente diseñados para evitar confrontar el pecado, la carnalidad o el compromiso superficial. Se predica acerca de bienestar, éxito y motivación, pero cada vez menos acerca de

arrepentimiento, santidad y temor de Dios. Y lentamente el púlpito comienza a perder autoridad espiritual, porque la verdadera autoridad no nace de carisma humano ni de habilidades comunicacionales; nace de la fidelidad a la verdad de Dios.

Uno de los problemas más graves de esta generación es que muchos predicadores comenzaron a medir el éxito ministerial principalmente por números, crecimiento visible y aceptación pública. Pero el Reino jamás estableció la popularidad como medida de fidelidad. Un ministerio puede llenar auditorios y aun así estar espiritualmente vacío. Puede generar admiración humana mientras pierde peso espiritual delante del cielo.

La cultura contemporánea premia aquello que entretiene rápidamente. Y lamentablemente, parte de la Iglesia comenzó también a funcionar bajo esa lógica. Algunos pulpitos fueron transformándose en escenarios donde la prioridad ya no es formar discípulos maduros, sino mantener consumidores espirituales constantemente estimulados.

Por eso la predicación emocional muchas veces reemplazó la enseñanza profunda de las Escrituras. Se busca impactar emociones momentáneamente, pero sin producir transformación duradera. Se generan ambientes cargados de entusiasmo, pero no necesariamente de convicción espiritual. Y aquí debemos entender algo profundamente serio: una

iglesia puede emocionarse muchísimo y aun así no crecer espiritualmente.

Las emociones no son malas. Dios nos creó con capacidad emocional. El problema aparece cuando las emociones reemplazan la profundidad espiritual. Porque una fe sostenida solamente por estímulos emocionales difícilmente resistirá temporadas de oposición, sufrimiento o desierto espiritual.

El púlpito nunca fue diseñado simplemente para animar personas; fue diseñado para anunciar la verdad de Dios aun cuando esa verdad incomode. El profeta Jeremías confrontó duramente a los líderes de su tiempo diciendo:

***“Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo:  
Paz, paz; y no hay paz.”***  
Jeremías 6:14

Qué descripción tan exacta para gran parte del cristianismo contemporáneo. Mensajes que tranquilizan superficialmente a las personas sin confrontar verdaderamente la condición espiritual de sus corazones. Predicaciones que alivian momentáneamente emociones, pero no producen arrepentimiento genuino ni transformación profunda.

Porque es posible llenar auditorios diciendo únicamente aquello que las personas desean escuchar. Pero el llamado del verdadero siervo de Dios nunca fue alimentar

solamente preferencias humanas; fue preservar la pureza del mensaje del Reino.

El problema es que muchos líderes comenzaron a temer más perder miembros que perder la presencia de Dios. Y cuando el temor al hombre ocupa el corazón del predicador, el mensaje inevitablemente comienza a deformarse.

Poco a poco algunos púlpitos se fueron adaptando al mercado religioso. El Evangelio comenzó a presentarse como un producto atractivo para consumidores espirituales. Se suavizaron las demandas del discipulado, se redujo la confrontación del pecado y se priorizó constantemente aquello que resultara más agradable para las multitudes. Pero el Reino no puede predicarse correctamente bajo la esclavitud de la aprobación humana.

Jesús jamás modificó Su mensaje para conservar popularidad. De hecho, hubo momentos donde Sus palabras fueron tan confrontativas que muchas personas dejaron de seguirlo. Y aun así Él no redujo las exigencias del Reino para retener multitudes.

Qué diferente es eso de gran parte del liderazgo moderno, donde muchas veces todo gira alrededor de conservar audiencia, mantener imagen y evitar controversias espirituales. Y aquí aparece otro peligro enorme que mencioné anteriormente: la cultura de los pastores celebridades tipo estrellas de Hollywood.

Vivimos tiempos donde algunos ministros son tratados casi como figuras de entretenimiento espiritual. Las plataformas digitales amplificaron enormemente la exposición pública y con ello surgió una presión constante por sostener imagen, relevancia y popularidad. El riesgo entonces es que el ministerio deje de centrarse en Cristo y comience lentamente a centrarse en la personalidad del predicador.

Pero el verdadero ministerio jamás apunta hacia el hombre; siempre apunta hacia Cristo. Juan el Bautista entendía esto profundamente cuando declaró:

***“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.”***

Juan 3:30

Ese espíritu de humildad y rendición parece cada vez más escaso en una generación obsesionada con exposición pública. Algunos líderes se preocupan más por construir una marca personal que por formar discípulos semejantes a Cristo. Y cuando eso ocurre, el púlpito pierde lágrimas, pierde quebrantamiento y pierde temor de Dios.

Porque el temor de Dios es incompatible con la búsqueda obsesiva de aplausos humanos. El predicador que vive dependiendo emocionalmente de aceptación pública inevitablemente terminará negociando partes incómodas de la verdad.

Sin embargo, la Iglesia necesita urgentemente volver a levantar hombres que amen más la verdad que la popularidad. Predicadores dispuestos a anunciar todo el consejo de Dios, aun cuando eso incomode culturas, confronte pecados o genere rechazo. Porque el verdadero amor pastoral no consiste en mantener personas cómodas en su condición espiritual; consiste en guiarlas hacia transformación genuina.

Cuando el púlpito deja de confrontar el pecado, comienza lentamente a entretenerlo. Y una iglesia entretenida puede parecer exitosa externamente mientras se debilita profundamente por dentro.

Los tiempos que vienen demandarán predicadores con convicción y no solamente con carisma. Hombres llenos del Espíritu Santo y no solamente de habilidades comunicacionales. Líderes más preocupados por agradar a Dios que por sostener aprobación pública.

Porque el futuro espiritual de la Iglesia dependerá en gran medida de si el púlpito vuelve a ser altar de verdad o continúa transformándose en escenario de entretenimiento religioso.

El Evangelio que Jesús predicó nunca fue diseñado para producir celebridades espirituales. Fue dado para levantar siervos fieles que anunciaran el Reino de Dios con verdad, humildad y temor santo.



## Capítulo siete

# UNA IGLESIA ENTRETENIDA NO DISCIPULADA

Una de las señales más visibles de la crisis espiritual moderna es que muchas iglesias han aprendido a reunir multitudes, pero no necesariamente a formar discípulos. Vivimos en una generación donde abundan los eventos, las conferencias, los congresos, las actividades y las experiencias emocionales, pero donde al mismo tiempo escasea la profundidad bíblica, la madurez espiritual y el verdadero discipulado.

Nunca antes existieron tantos recursos cristianos disponibles. Hay predicaciones por todas partes, transmisiones constantes, congresos, redes sociales, música, plataformas digitales y una enorme cantidad de contenido espiritual circulando diariamente. Y sin embargo, gran parte de la Iglesia continúa siendo espiritualmente inmadura, vulnerable y superficial. Eso debería hacernos reflexionar seriamente. Porque tener mucha actividad religiosa no significa necesariamente tener formación espiritual sólida.

Jesús jamás llamó a las personas simplemente a participar de reuniones. Él llamó discípulos. Y un discípulo no es solamente alguien que escucha mensajes; es alguien cuya vida está siendo transformada progresivamente bajo el gobierno de Cristo.

El problema del cristianismo moderno es que muchas veces hemos reemplazado el discipulado profundo por una cultura de constante estimulación emocional. Las iglesias sienten presión de mantener personas entretenidas continuamente para evitar que se aburran o se marchen. Como resultado, gran parte de la estructura moderna gira alrededor de producir experiencias impactantes más que procesos genuinos de formación espiritual. Pero el entretenimiento jamás podrá sustituir el discipulado.

Una reunión emocionante puede producir entusiasmo momentáneo, pero solamente la verdad aplicada profundamente produce transformación duradera. Las emociones pueden inspirar por unas horas; el discipulado forma carácter para toda la vida. El entretenimiento espiritual alimenta consumidores, mientras el discipulado forma siervos.

Lentamente muchas congregaciones comenzaron a adaptarse más a la lógica del espectáculo que a la lógica del Reino. Todo debe ser rápido, dinámico, atractivo y constantemente estimulante. El silencio incomoda. La profundidad cansa. La enseñanza doctrinal parece demasiado pesada para una generación acostumbrada a consumir

contenido superficial y velozmente. Sin embargo, el Reino de Dios jamás fue construido sobre superficialidad emocional.

El escritor de la carta a los hebreos confrontó duramente a creyentes que, después de mucho tiempo, todavía permanecían espiritualmente inmaduros:

***“Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios.”***

Hebreos 5:12

Qué descripción tan exacta para gran parte de la Iglesia contemporánea. Personas que llevan años asistiendo a reuniones, pero continúan siendo espiritualmente infantiles. Creyentes fácilmente confundidos, emocionalmente inestables y doctrinalmente débiles porque nunca fueron formados profundamente en las Escrituras.

Ante esto, aparece uno de los grandes fracasos del liderazgo moderno: muchos ministerios se enfocaron más en atraer personas que en disciplinarlas verdaderamente. Porque disciplinar requiere tiempo, paciencia, confrontación, corrección y profundidad. El discipulado no produce resultados instantáneos ni siempre resulta atractivo para la mentalidad moderna. Formar carácter espiritual es un proceso largo y muchas veces incómodo para el ego humano.

El entretenimiento, en cambio, produce respuestas rápidas. Mantiene personas motivadas emocionalmente. Genera movimiento constante. Pero no necesariamente desarrolla raíces profundas en Cristo.

Por eso existen hoy tantos creyentes dependientes de estímulos externos. Necesitan constantemente nuevas experiencias, nuevas emociones y nuevos eventos para sostenerse espiritualmente, porque nunca aprendieron a desarrollar una vida profunda de oración, Palabra y comunión con Dios. Y cuando desaparecen las emociones intensas, muchos comienzan a enfriarse rápidamente.

Jesús jamás formó discípulos dependientes de espectáculos espirituales. Él formó hombres capaces de permanecer firmes aun cuando las emociones desaparecían y las circunstancias se volvían difíciles. Los enseñó a obedecer, perseverar y vivir arraigados en la verdad.

Sin embargo, gran parte del cristianismo contemporáneo ha producido creyentes extremadamente vulnerables a la superficialidad cultural. Personas fácilmente influenciadas por modas doctrinales, emociones pasajeras y tendencias religiosas porque carecen de profundidad bíblica sólida. Pablo escribió acerca del propósito del ministerio:

***“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya***

***no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina.”***

Efesios 4:13 y 14

Observemos que el objetivo del ministerio no es simplemente llenar auditorios, sino formar creyentes maduros. El discipulado verdadero produce estabilidad espiritual, discernimiento y firmeza doctrinal.

Pero cuando la Iglesia reemplaza profundidad por entretenimiento, inevitablemente produce creyentes fluctuantes. Personas que cambian fácilmente según emociones, tendencias o influencias externas.

Eso explica por qué tantos cristianos hoy son espiritualmente frágiles. Muchos conocen canciones, frases motivacionales y ambientes de iglesia, pero no conocen verdaderamente las Escrituras. Tienen experiencias emocionales frecuentes, pero poca profundidad doctrinal. Participan de actividades constantemente, pero nunca desarrollan una vida espiritual sólida y madura. El profeta Oseas declaró:

***“Mi pueblo fue destruido,  
porque le faltó conocimiento.”***

Oseas 4:6

La ignorancia espiritual sigue siendo una de las mayores tragedias de la Iglesia moderna. Porque un creyente

sin profundidad bíblica se vuelve vulnerable al engaño, a la manipulación emocional y a las distorsiones doctrinales.

Lamentablemente, algunos líderes contribuyen involuntariamente a esa superficialidad. En lugar de enseñar todo el consejo de Dios, reducen continuamente el mensaje a contenidos rápidos, livianos y emocionalmente agradables. Temen aburrir a las personas con profundidad espiritual. Pero el problema es que una iglesia alimentada constantemente con superficialidad jamás desarrollará madurez.

Los discípulos verdaderos no se forman únicamente con emociones; se forman con verdad. Y aquí debemos entender algo importante: el discipulado genuino no siempre resulta cómodo. Jesús confrontaba, corregía, enseñaba y procesaba profundamente a Sus discípulos. Muchas veces les mostró áreas de incredulidad, orgullo o inmadurez que necesitaban ser transformadas. Pero precisamente así se forman hombres espiritualmente sólidos.

La cultura moderna, en cambio, busca comodidad inmediata. Quiere inspiración sin corrección, emociones sin procesos y bendición sin formación de carácter. Y cuando esa mentalidad entra en la Iglesia, el discipulado comienza lentamente a desaparecer.

Entonces las congregaciones se llenan de asistentes, pero escasean los verdaderos discípulos. Personas presentes físicamente, pero no transformadas profundamente.

Multitudes que consumen contenido espiritual, pero no desarrollan compromiso genuino con Cristo.

Esto también produce agotamiento en muchos líderes. Porque sostener una iglesia basada principalmente en estimulación emocional requiere actividad constante. Siempre hace falta algo nuevo, más impactante y más entretenido para mantener atención. Pero el Reino nunca fue diseñado para sostenerse sobre entretenimiento continuo.

La Iglesia del Nuevo Testamento crecía alrededor de la enseñanza de la Palabra, la comunión, la oración y el discipulado profundo. Los creyentes eran formados en verdad, carácter y vida espiritual. El objetivo no era simplemente congregar personas, sino establecer el Reino de Dios dentro de ellas.

La Iglesia necesita urgentemente volver a priorizar el discipulado verdadero. Necesita formar creyentes capaces de pensar bíblicamente, vivir en santidad, resistir doctrinas falsas y permanecer firmes en tiempos difíciles. Porque los tiempos que vienen demandarán cristianos maduros y no solamente emocionados.

Jesús no murió en la cruz para producir espectadores religiosos. Murió para levantar discípulos transformados por el poder del Reino. Y mientras la Iglesia continúe reemplazando profundidad espiritual por entretenimiento constante, seguirá produciendo multitudes presentes en reuniones, pero ausentes de verdadera madurez en Cristo.

El Evangelio que Jesús predicó nunca estuvo orientado a entretener multitudes. Estuvo orientado a formar discípulos capaces de reflejar el carácter del Rey.

Puede que le suenen reiterativos algunos conceptos, pero esa es la idea de este libro, dejar muy en claro, cuales son los grandes problemas de este tiempo. No desde una plataforma abierta como son las redes sociales, donde sinceramente no creo que deban ser expuestos los problemas de la Iglesia, sino en estas páginas que serán leídas por hermanos y consiervos que pueden gestionar oportunos cambios.

No todo está mal en la Iglesia de hoy, cuando señalo los problemas, no estoy generalizando. Gracias a Dios siempre hay reservados por el Señor, remanentes de hermanos y ministros fieles, que sin religiosidad y sin liviandad predicán el verdadero evangelio del Reino.

Es lógico que, al enseñar sobre los problemas actuales, tengamos la impresión de que todo está mal, pero quiero dejar bien en claro que no es así. Solo estoy haciendo foco en lo que debemos cambiar. Pero el diseño de la Iglesia verdadera es infalible, porque no es humano, es divino. Ciertamente está compuesta por humanos, pero Su divinidad le otorgará victoria.



## Capítulo ocho

# CRISTIANOS CONSUMIDORES

Otra de las transformaciones más profundas que ha sufrido el cristianismo contemporáneo no ha ocurrido desde los púlpitos ni por medio de las declaraciones doctrinales, ha ocurrido en la manera en que muchos creyentes se relacionan con la Iglesia.

Durante siglos, seguir a Cristo significó incorporarse activamente a una comunidad de discípulos. Los creyentes entendían que habían sido llamados a servir, edificar, sostener la obra de Dios y participar del avance del Reino. La vida cristiana no era contemplativa; era participativa. Nadie se consideraba un simple asistente. Todos comprendían que formaban parte de un cuerpo vivo donde cada miembro tenía una función.

Sin embargo, en gran parte del cristianismo moderno comenzó a surgir una mentalidad completamente diferente. Lentamente la Iglesia dejó de ser vista como una comunidad donde cada creyente aporta y comenzó a ser percibida como

un lugar donde cada persona recibe. El cambio parece pequeño, pero sus consecuencias han sido enormes.

Muchos creyentes ya no se preguntan dónde pueden servir, sino dónde se sienten mejor. Ya no buscan dónde pueden contribuir al propósito de Dios, sino dónde encuentran una experiencia más agradable. La pregunta dejó de ser: “¿Qué espera Dios de mí?” para transformarse en: “¿Qué puede ofrecerme esta iglesia?”.

Sin darnos cuenta, la cultura del Reino comenzó a ser reemplazada por la cultura del consumo. Y cuando el consumo entra en la Iglesia, el discipulado comienza a desaparecer, porque el consumidor evalúa, pero el discípulo se compromete. El consumidor exige, pero el discípulo sirve. El consumidor permanece mientras recibe beneficios, pero el discípulo permanece porque ha sido llamado.

La verdad es que Jesús nunca formó espectadores, sino a discípulos que estuvieran dispuestos a darlo todo por la causa. De hecho, cuando hubo discípulos que se rebelaron contra Jesús por causa de Su mensaje, Él estuvo dispuesto a dejarlos marchar, considerando que si alguien no está dispuesto a asimilar Su enseñanza es mejor que no pretenda ser uno de sus seguidores.

***“Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él. Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso irs también vosotros? Le respondió***

***Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”.***

Juan 6:66 al 68

Cuando llamó a Pedro, a Jacobo y a Juan, no los invitó a asistir a reuniones para observar. Los llamó a dejar sus redes, reorganizar sus prioridades y convertirse en participantes activos de Su misión. Desde el comienzo quedó claro que seguir a Cristo implicaba involucrarse profundamente en el propósito de Dios. Por eso Pedro afirmó su determinación de seguirlo, no porque entendiera todo, sino porque de eso se trata la confianza en el líder.

El modelo de Jesús nunca estuvo basado en auditorios llenos, sino en discípulos fieles, capaces de seguirlo sin entender todo, hasta el tiempo en el que fueron absolutamente transformados por el poder de la vida que les fue impartida luego de la resurrección.

La Iglesia primitiva entendió esta realidad con absoluta claridad. Cada creyente asumía responsabilidades. Todos participaban. Todos servían. Todos contribuían. No existía una división tan marcada entre quienes ministraban y quienes simplemente observaban, porque no había simples espectadores, sino discípulos de Cristo.

Pero la cultura moderna ha entrenado a las personas para convertirse en consumidores de todo. Consumimos información, entretenimiento, productos, servicios y experiencias. Y esa mentalidad terminó infiltrándose también

en la vida espiritual. Incluso, muchos ministerios han incrementado sus actividades para suplir la necesidad de consumo familiar. Entonces realizan reuniones de hombres, de damas, de niños, de jóvenes, de ancianos, de matrimonios, de comerciantes emprendedores, de empresarios, etc.

Esto ocurre porque muchas congregaciones sienten la presión permanente de producir experiencias cada vez más atractivas para retener la atención de las personas. El riesgo es enorme, porque cuando la Iglesia adopta la lógica del mercado, inevitablemente comienza a competir por satisfacción en lugar de formar carácter y demandar compromiso.

El problema es que los tiempos difíciles jamás serán sostenidos por espectadores. Reitero lo que vengo pregonando hace algunos años en todas mis enseñanzas y en la mayoría de mis libros. Estamos a las puertas de tiempos cada vez más difíciles, la Iglesia deberá enfrentar presiones de sistema y sufrirá la hostilidad de manera feroz. Si no cambiamos nuestra forma de perfeccionar a los santos, volviendo al discipulado del diseño apostólico, no estaremos listos, ni seremos capaces de enfrentar lo que se viene.

***“porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados. Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. Porque se***

***levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos”.***

Mateo 24:21 al 24

Esto no acontecerá con la Iglesia sobre las nubes, sino aquí en la tierra. Tengamos en claro que los cristianos enfrentaremos sufrimientos en este mundo; tendremos pruebas y tribulaciones. Jesús nos lo dijo: ***“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”*** (Juan 16:33).

Pablo también lo enseñó: ***“Por tanto, todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos”*** (2 Timoteo 3:12). No debemos temer el sufrimiento, pues Jesús dijo:

***“Bienaventurados sois cuando os insulten, os persigan y digan toda clase de calumnias contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo, pues así persiguieron a los profetas que os precedieron.”***

Mateo 5:11 y 12

Los apóstoles tomaron estas palabras en serio: ***“Y salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido considerados dignos de sufrir deshonra por causa del nombre”*** (Hechos 5:41). Muchos de nuestros hermanos y hermanas alrededor del mundo enfrentan regularmente sufrimiento y persecución. Si bien deseamos ser librados de

un gran sufrimiento en el futuro, debemos reconocer que el sufrimiento no es contrario a la vida cristiana, sino parte de la vida cristiana normal al seguir a Cristo en este mundo.

La Iglesia experimentará el período de tribulación que se avecina, pasaremos por ella, así que atendamos al llamado a la iglesia en el Libro del Apocalipsis de mantenernos firmes en nuestra fe en toda circunstancia. Jesús nos dice continuamente que debemos estar preparados porque vendrá en un momento que no conocemos ni esperamos. Nuestras vidas podrían terminar en cualquier momento o él podría regresar a Su tiempo y necesita encontrarnos fieles en todo.

Cuando llegaron las persecuciones en el primer siglo, permanecieron aquellos que habían sido discipulados, no los que miraron el evangelio de lejos, o solo se acercaron para recibir beneficios. Cuando aparecieron cárceles, rechazos y amenazas, permanecieron quienes habían desarrollado convicciones profundas, no los que pretendían bienestar. Los espectadores desaparecen cuando el costo aumenta; los discípulos permanecen porque fueron formados para seguir a Cristo y no simplemente para disfrutar beneficios espirituales.

Quizás una de las evidencias más claras de esta crisis sea la enorme cantidad de creyentes que consumen contenido cristiano, pero participan muy poco de la misión de Cristo. Escuchan mensajes, observan transmisiones, siguen ministerios y acumulan conocimiento, pero rara vez se

involucran en la formación de otros, en el servicio práctico o en la expansión del Reino.

La tragedia es que una generación puede estar muy informada y al mismo tiempo muy poco transformada. El Nuevo Testamento jamás presentó la madurez como acumulación de conocimiento. La presentó como crecimiento en carácter, servicio, amor y obediencia.

Por eso Pablo escribió que los ministerios fueron establecidos para perfeccionar a los santos para la obra del ministerio. El objetivo nunca fue crear espectadores dependientes, sino formar obreros maduros. La Iglesia de cara al futuro, necesitará recuperar urgentemente esta verdad.

No será suficiente tener congregaciones llenas, necesitaremos creyentes comprometidos. No bastará con producir eventos exitosos, necesitaremos discípulos perseverantes. No alcanzará con transmitir mensajes inspiradores, necesitaremos hombres y mujeres dispuestos a cargar responsabilidades espirituales.

Porque el Evangelio que Jesús predicó nunca fue diseñado para crear consumidores religiosos. Fue diseñado para levantar discípulos que participaran activamente en la expansión del Reino de Dios.



## Capítulo nueve

# EL MENSAJE QUE JESÚS REALMENTE PREDICÓ

Después de observar tantas distorsiones modernas del cristianismo, surge inevitablemente una pregunta fundamental: ¿cuál era realmente el centro del mensaje de Jesús? Porque si la Iglesia desea recuperar autenticidad espiritual, no basta solamente con denunciar errores; es necesario volver al modelo original. Ninguna generación puede corregir sus desviaciones mirando únicamente sus fracasos. Debe volver una y otra vez a la fuente.

Durante décadas, gran parte de la Iglesia ha discutido métodos, estructuras, programas, estrategias y doctrinas secundarias. Sin embargo, la pregunta más importante sigue siendo la misma: ¿qué fue exactamente lo que Jesús vino a anunciar?

La respuesta a estas preguntas es extraordinariamente clara. Jesús vino anunciando una sola realidad que dominó Su predicación, Sus parábolas, Sus milagros y Su enseñanza: el evangelio del Reino de Dios.

Cuando abrimos las Escrituras con sinceridad, descubrimos que el mensaje central de Cristo nunca fue la prosperidad, la autoestima, el éxito personal o la simple pertenencia a una religión. Jesús vino a anunciar la llegada del gobierno de Dios sobre la tierra. Desde el comienzo mismo de Su ministerio, el énfasis fue absolutamente evidente:

***“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”***  
Mateo 4:17

Observemos cuidadosamente qué fue lo primero que Jesús anunció: “el Reino”. No un sistema religioso centrado en el hombre, sino el gobierno de Dios acercándose a la humanidad. Pero aquí debemos detenemos y hacer una pregunta fundamental: ¿qué es exactamente el Reino de Dios?

Para muchos creyentes modernos, la palabra Reino se ha convertido en una expresión frecuente dentro del lenguaje cristiano, pero no siempre comprendida en toda su profundidad. Algunos lo asocian únicamente con el cielo, otros solo con la segunda venida del Señor y su expresión futura. Otros lo reducen a una experiencia espiritual interior. Sin embargo, cuando Jesús hablaba del Reino, estaba anunciando algo mucho más amplio y trascendente.

El Reino de Dios es el gobierno soberano de Dios manifestándose sobre aquello que le pertenece. Es la

autoridad del Rey ejerciendo Su voluntad sobre la creación. No es simplemente un territorio, porque antes que existir una tierra sobre la cual gobernar, ya existía un Rey eterno. El Reino es la expresión de Su dominio, de Su autoridad y de Su derecho legítimo sobre todas las cosas.

Desde el principio, el propósito divino fue que la tierra reflejara el gobierno del cielo. El hombre fue creado para vivir bajo la autoridad de Dios, disfrutando de comunión, orden y propósito. Sin embargo, el pecado introdujo algo más profundo que una simple transgresión moral: introdujo la rebelión contra el gobierno divino. La esencia de la caída no fue solamente comer del árbol prohibido; fue el intento del hombre de independizarse de la autoridad de Dios para gobernarse a sí mismo.

Por esa razón, Jesús no vino simplemente a fundar una nueva religión. Tampoco vino únicamente a mejorar la conducta humana. Él vino a restaurar el gobierno perdido. El anuncio del Reino era la proclamación de que Dios estaba interviniendo nuevamente en la historia para recuperar aquello que le pertenecía.

Cada milagro, cada enseñanza, cada liberación y cada parábola apuntaban a esa realidad. Cuando los enfermos eran sanados, el Reino se manifestaba; cuando los demonios eran expulsados, el Reino avanzaba; cuando los pecadores eran transformados, el Reino se establecía. Jesús estaba demostrando que el gobierno de Dios había irrumpido en medio de un mundo dominado por las tinieblas.

Por eso el Reino no puede reducirse a una doctrina, una denominación o un sistema religioso. El Reino es una realidad espiritual viva. Es Cristo reinando donde antes reinaba el pecado. Es la voluntad del Padre estableciéndose donde antes gobernaba la rebeldía. Es la autoridad de Dios reemplazando el dominio del yo.

Y precisamente por eso el mensaje de Jesús resultaba tan confrontador. Porque el Reino no viene para coexistir con nuestros pequeños tronos personales. El Reino viene para derribarlos. No viene para negociar con el ego humano, sino para someterlo al gobierno del Rey.

Cuando Jesús anunciaba el Reino, estaba llamando a los hombres a abandonar la independencia espiritual para volver a vivir bajo la autoridad de Dios. No estaba ofreciendo simplemente una nueva creencia religiosa. Estaba anunciando una nueva forma de existencia bajo el señorío del Rey eterno.

Sin embargo, gran parte del cristianismo moderno ha reducido el Evangelio a una experiencia religiosa superficial. Muchas veces la fe quedó limitada a asistir reuniones, consumir contenido espiritual o mantener ciertas costumbres cristianas, mientras el verdadero gobierno de Cristo permanece ausente de muchas vidas. Y allí aparece la enorme diferencia entre Reino y religión.

La religión puede modificar comportamientos externos sin transformar verdaderamente el corazón. Puede

producir apariencia espiritual sin rendición genuina. Puede llenar auditorios sin establecer el señorío de Cristo dentro de las personas. Pero el Reino siempre confronta profundamente al hombre porque exige que Dios vuelva a ocupar el trono de la vida.

Por eso el mensaje de Jesús resultaba tan incómodo para muchos sectores religiosos de Su tiempo. Cristo no vino simplemente a mejorar estructuras religiosas existentes; vino a establecer un Reino que confrontaba el orgullo humano, la hipocresía y el ego espiritual.

El Reino jamás gira alrededor de las preferencias humanas. El Reino tiene Rey. Y donde hay un Rey, existe autoridad, gobierno y obediencia. Y nuestro Rey es el Rey de reyes, el soberano de toda la creación.

Esa es precisamente una de las grandes diferencias con mucho del cristianismo contemporáneo. La religión moderna muchas veces permite que las personas continúen viviendo alrededor de sí mismas mientras agregan elementos espirituales a sus vidas. Pero el Reino destrona al ego y establece el gobierno de Cristo.

Por eso Jesús habló constantemente acerca de negarse a uno mismo, obedecer, permanecer y vivir bajo la voluntad del Padre. El Evangelio nunca fue simplemente una invitación a asistir a un ambiente religioso; fue un llamado a entrar bajo el dominio de Dios.

Aquí debemos entender algo profundamente importante: el Reino no es solamente un tema doctrinal; es una realidad espiritual que transforma completamente la manera de vivir. Cuando una persona entra verdaderamente bajo el gobierno del Reino, cambian sus prioridades, sus deseos, sus valores y su propósito. Ya no vive centrada solamente en sí misma. Ahora comienza a vivir para la gloria del Rey. Por eso Jesús enseñó a orar diciendo:

***“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”***

Mateo 6:10

Observemos que el Reino está directamente relacionado con la voluntad de Dios estableciéndose sobre la tierra. El Reino no consiste simplemente en emociones espirituales o actividades religiosas; consiste en el gobierno de Dios manifestándose en la vida del creyente.

Existe además una dimensión que la Iglesia necesita redescubrir urgentemente. El Reino de Dios posee una realidad presente y una realidad futura. Es presente porque todo aquel que ha nacido del Espíritu ha sido trasladado al Reino del Hijo amado y vive ahora bajo Su gobierno. Cristo reina actualmente en el corazón de Sus discípulos. El Reino se manifiesta cada vez que la voluntad de Dios prevalece sobre la voluntad humana, cada vez que la verdad vence al engaño y cada vez que un creyente camina en obediencia al Señor.

Pero también es futuro, porque esperamos el día glorioso en que el Rey regresará y Su Reino será manifestado plenamente sobre toda la creación. Lo que hoy experimentamos de manera parcial será entonces visible y universal. Toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor.

Por eso los creyentes debemos vivir entre estas dos realidades. Ya pertenecemos al Reino, pero todavía esperamos su consumación final. Ya vivimos bajo el gobierno del Rey, pero esperamos el día en que toda la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Dios como las aguas cubren el mar (**Habacuc 2:14**).

Esta esperanza fue precisamente la que sostuvo a la Iglesia primitiva. Ellos no vivían simplemente esperando ir al cielo; vivían representando desde ahora el Reino venidero. Sabían que eran ciudadanos de una patria superior y embajadores de un gobierno eterno.

Pero gran parte de la religión moderna ha intentado construir cristianismo sin verdadero gobierno del Rey. Se habla de bendiciones, promesas y beneficios, pero muchas veces sin rendición, obediencia ni transformación profunda.

El Reino, en cambio, siempre confronta el ego humano. Porque entrar al Reino implica reconocer que ya no pertenecemos a nosotros mismos. Cristo no vino simplemente para ayudarnos a vivir mejor; vino para gobernar nuestras vidas completamente.

Por eso muchas personas se sienten cómodas dentro de ambientes religiosos, pero incómodas frente al verdadero mensaje del Reino. La religión permite conservar apariencia mientras el corazón permanece intacto; el Reino transforma desde adentro.

Jesús confrontó duramente a los fariseos precisamente por eso. Tenían estructura religiosa, conocimiento bíblico y actividad espiritual, pero sus corazones estaban lejos del gobierno de Dios. Habían construido un sistema donde la apariencia reemplazaba la transformación. Y ese peligro sigue existiendo hoy.

Una iglesia puede tener actividades, organización, eventos y aun crecimiento visible, pero si Cristo no gobierna verdaderamente el corazón de las personas, solamente existe religión externa. El Reino no produce simplemente asistentes religiosos; produce discípulos transformados. Pablo expresó esta realidad de manera poderosa cuando escribió:

***“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.”***

Romanos 14:17

El Reino es una obra espiritual profunda. Produce justicia porque transforma el carácter. Produce paz porque restaura la comunión con Dios. Produce gozo porque el Espíritu Santo habita dentro del creyente. Y precisamente allí encontramos una diferencia enorme entre el Evangelio auténtico y muchas versiones modernas del cristianismo. El

Evangelio verdadero no busca simplemente mejorar circunstancias externas; busca formar una nueva creación gobernada por Cristo.

Por eso Jesús nunca enfocó Su ministerio en construir consumidores religiosos. Formó discípulos capaces de vivir bajo el gobierno del Reino aun en medio de persecución, oposición y sufrimiento.

La religión moderna muchas veces busca asistentes. El Reino forma embajadores. Y aquí aparece una verdad profundamente importante para la Iglesia de este tiempo: la Iglesia no fue llamada simplemente a sobrevivir culturalmente, sino a representar el Reino de Dios sobre la tierra.

La Iglesia es embajada del Reino. Su misión no es adaptarse completamente a la cultura caída, sino manifestar el carácter, la verdad y la autoridad del Rey en medio de un mundo en tinieblas. Pero para cumplir esa misión necesitamos recuperar el Evangelio auténtico.

No un mensaje centrado en el ego humano, sino en Cristo. No un evangelio de comodidad, sino de transformación. No una religión superficial, sino una vida gobernada por el Espíritu Santo. No multitudes entretenidas, sino discípulos maduros. No creyentes consumidores, sino siervos rendidos al Reino.

La tragedia de gran parte del cristianismo moderno es que ha intentado conservar el nombre de Jesús mientras abandona progresivamente el mensaje central que Él predicó. Porque Jesús no vino anunciando principalmente éxito personal, autoestima o comodidad emocional. Él vino anunciando el Reino de Dios. Y el Reino exige arrepentimiento, exige obediencia, exige rendición, exige transformación. Exige que Cristo vuelva a ocupar el centro absoluto de la vida humana.

Por eso el verdadero avivamiento que la Iglesia necesita no será producido simplemente por más actividades, más plataformas o más eventos religiosos. El avivamiento verdadero nacerá cuando la Iglesia vuelva radicalmente al Evangelio original de Jesucristo. Cuando vuelva a predicarse el señorío de Dios sobre los hombres, cuando vuelva a anunciarse el arrepentimiento como un cambio de pensamiento profundo, cuando la cruz vuelva a recuperar centralidad y cuando el discipulado de Reino vuelva a ser prioridad.

Porque al final, el problema de esta generación no es falta de información cristiana. El problema es que muchas veces hemos reemplazado el Reino por una versión domesticada y culturalmente cómoda del cristianismo. Pero el Evangelio que Jesús predicó sigue siendo poderoso. Sigue confrontando corazones, sigue destruyendo el orgullo humano, sigue llamando al arrepentimiento, sigue transformando vidas. Y sigue anunciando que Jesucristo es Rey de Gloria.

La Iglesia no necesita un evangelio más atractivo; necesita volver al Evangelio que Jesús predicó, y dejar de comunicar un evangelio que Jesús nunca predicó. Al final, la Iglesia le pertenece a Él y nosotros debemos obrar como comunicadores de Su verdad y como embajadores que transmitan Su esencia en todo tiempo y lugar. El apóstol Pablo lo relató muy bien en su exhortación a los hermanos de Filipo, y lo expuso como legado para todos nosotros:

***“Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado”.***

Filipenses 2:14 al 16



# CONCLUSIÓN

“Volviendo al evangelio del Reino”

A lo largo de estas páginas hemos recorrido algunas de las distorsiones más visibles que han penetrado silenciosamente en gran parte del cristianismo contemporáneo. Hemos visto cómo el Evangelio, en muchos casos, fue desplazado de su centro original para adaptarse a una generación obsesionada con la comodidad, el éxito personal, el entretenimiento y la autosatisfacción. Poco a poco, el mensaje eterno de Cristo comenzó a mezclarse con las preferencias culturales hasta producir una versión del cristianismo mucho más aceptable para la carne humana, pero mucho menos poderosa espiritualmente.

Y quizás allí se encuentra el peligro más grande de este tiempo: no estamos hablando necesariamente de un rechazo abierto hacia Jesús, sino de algo mucho más sutil y peligroso; estamos hablando de conservar el nombre de Cristo mientras se abandona progresivamente el mensaje que Él realmente predicó.

Porque el Evangelio no pierde poder por sí mismo. La Palabra de Dios sigue siendo viva, eficaz y transformadora. El problema aparece cuando la Iglesia deja de proclamarla con fidelidad. Cuando el temor al hombre reemplaza el temor de Dios. Cuando el deseo de agradar a las multitudes se vuelve más importante que la obediencia al Espíritu Santo. Cuando los pulpitos dejan de confrontar el pecado para

entretener emocionalmente a las personas. Cuando la cruz deja de ocupar el centro y el ego humano comienza nuevamente a sentarse en el trono.

Sin embargo, aun en medio de esta generación confundida y superficial, Dios continúa levantando una voz profética que llama a la Iglesia a volver al Evangelio original. Porque el cielo jamás ha cambiado Su mensaje. El Reino de Dios sigue demandando arrepentimiento. Cristo continúa siendo Señor. La cruz sigue siendo necesaria. Y el Espíritu Santo continúa buscando formar discípulos verdaderos y no solamente creyentes emocionales.

La Iglesia necesita entender urgentemente que no será preservada por estrategias humanas, métodos modernos ni estructuras atractivas. Lo único capaz de sostener espiritualmente al pueblo de Dios en los tiempos que vienen será la verdad del Evangelio vivida con profundidad y fidelidad.

Por eso este no es un tiempo para suavizar el mensaje, sino para purificarlo. No es tiempo para adaptar el Reino a la cultura caída, sino para que la Iglesia vuelva a reflejar el carácter del Rey. No es tiempo para construir cristianos cómodos, sino discípulos firmes. No es tiempo para alimentar consumidores espirituales, sino para formar hombres y mujeres completamente rendidos al señorío de Jesucristo. Pablo escribió solemnemente a Timoteo:

***“Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina...”***

2 Timoteo 4:2-3.

Ese tiempo ya está delante de nosotros. Vivimos días donde muchos rechazan cualquier mensaje que confronte el ego humano. Días donde la verdad suele ser reemplazada por emociones y donde la fidelidad bíblica muchas veces resulta incómoda para una generación acostumbrada a moldear todo según sus preferencias personales. Pero precisamente por eso la Iglesia necesita volver al temor de Dios.

Necesitamos nuevamente púlpitos llenos de verdad y no solamente de motivación. Pastores más preocupados por agradar al cielo que por conservar popularidad. Líderes que amen la presencia de Dios más que la aprobación pública. Predicadores que anuncien todo el consejo de Dios aun cuando eso implique confrontación, rechazo o incomodidad.

Porque la Iglesia jamás fue llamada a competir con el mundo en entretenimiento. Fue llamada a manifestar el Reino de Dios. Y el Reino no transforma personas simplemente haciéndolas sentir mejor consigo mismas. El Reino transforma porque confronta, quebranta, corrige y restaura. El Espíritu Santo no vino solamente para consolar al hombre; vino también para convencerlo de pecado, justicia y juicio. La gracia no fue dada para tolerar la carnalidad, sino para

destruir el dominio del pecado y formar a Cristo dentro de nosotros.

Por eso el verdadero problema del cristianismo moderno no es solamente doctrinal; es un problema de centralidad. ¿Quién ocupa el centro del mensaje? ¿Cristo o el hombre? Porque allí donde el ego humano ocupa el lugar principal, inevitablemente el Evangelio comienza a deformarse.

Pero cuando Cristo vuelve al centro, todo cambia. La cruz recupera significado. El arrepentimiento vuelve a tener profundidad. El discipulado deja de ser opcional. El Reino vuelve a ser prioridad. Y la Iglesia comienza nuevamente a parecerse al modelo que Jesús vino a establecer.

La necesidad más urgente de este tiempo no es una nueva versión del cristianismo; es una reforma espiritual profunda. Necesitamos volver a las Escrituras con humildad. Necesitamos recuperar la centralidad del Reino. Necesitamos abandonar la superficialidad que debilitó a tantas congregaciones. Necesitamos volver a formar discípulos capaces de vivir en santidad, resistir el engaño y permanecer fieles aun en medio de oposición.

Porque los tiempos que vienen demandarán creyentes maduros, arraigados en la verdad y llenos del Espíritu Santo. No bastará solamente con emociones religiosas ni con conocimiento superficial. La Iglesia necesitará profundidad

espiritual, discernimiento y una fe verdaderamente edificada sobre Cristo.

Y aun así, en medio de tanta confusión moderna, existe esperanza. Porque Jesús sigue edificando Su Iglesia. El Espíritu Santo continúa transformando vidas. El Reino de Dios sigue avanzando. Y todavía existen hombres y mujeres hambrientos de verdad, cansados de superficialidad y deseosos de volver al Evangelio auténtico.

Quizás este libro incomode a algunos. Tal vez confronte estructuras, costumbres o paradigmas profundamente instalados. Pero si algo necesita desesperadamente la Iglesia en este tiempo no es más comodidad espiritual, sino más verdad. Porque solamente la verdad tiene poder para producir libertad genuina.

No podemos seguir construyendo un cristianismo alrededor de emociones pasajeras mientras generaciones enteras permanecen sin discipulado verdadero. No podemos continuar produciendo creyentes dependientes de entretenimiento espiritual mientras el mundo avanza hacia tiempos cada vez más oscuros. No podemos seguir reemplazando el señorío de Cristo por mensajes centrados en el ego humano.

La Iglesia necesita volver al Evangelio que Jesús nunca dejó de predicar. El Evangelio del Reino, un evangelio con el mensaje de la cruz, con arrepentimiento, con un claro llamado a la obediencia. Un evangelio que transforme, en el

cual Cristo vuelva a ocupar el centro absoluto de todas las cosas.

Porque al final, el futuro espiritual de la Iglesia dependerá de si tenemos el valor de volver radicalmente al mensaje original de Jesucristo. Y aunque el mundo cambie, las culturas se transformen y las generaciones se desvíen, el llamado del Reino continúa siendo el mismo:

***“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”***

Mateo 4:17



# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Doctor y maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

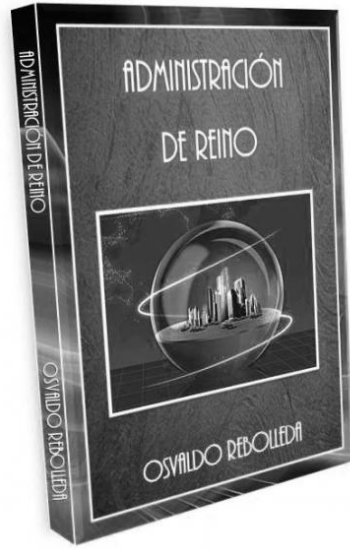
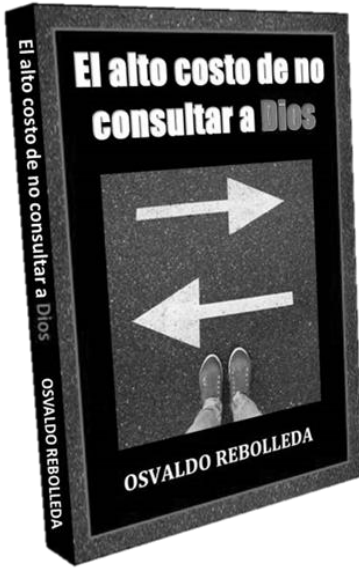
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

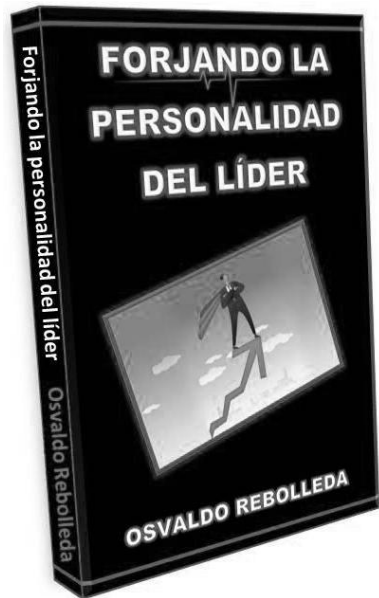
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

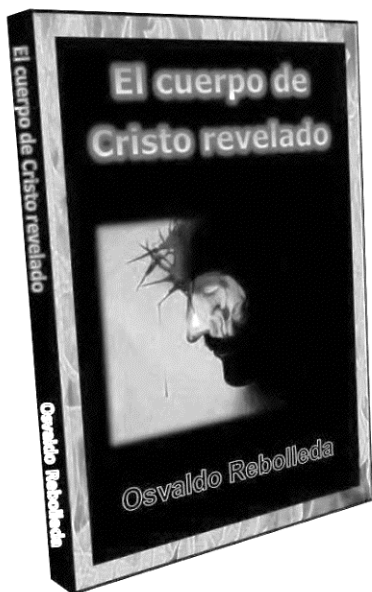
[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

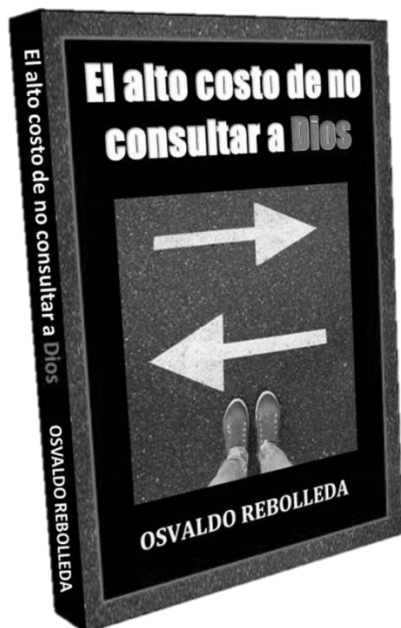


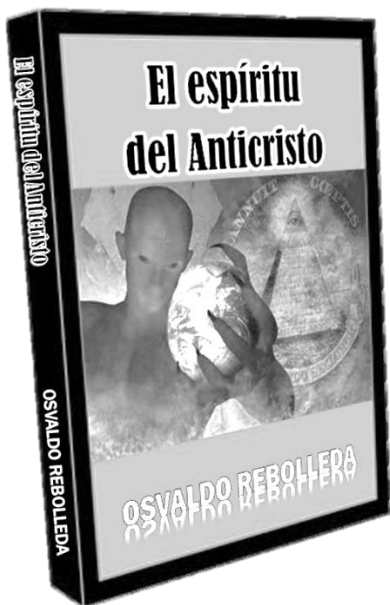
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



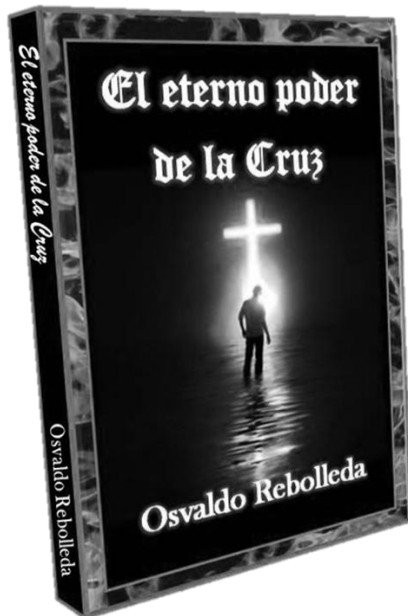
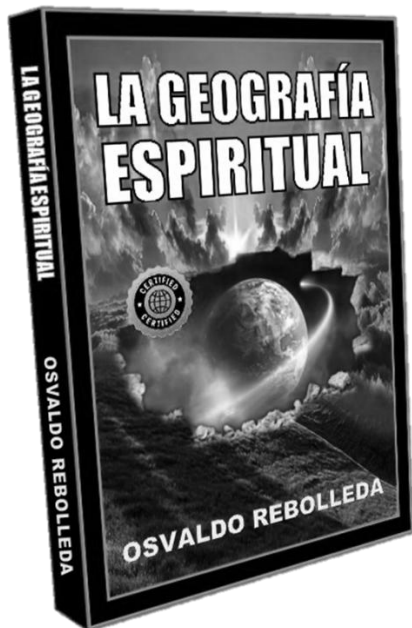


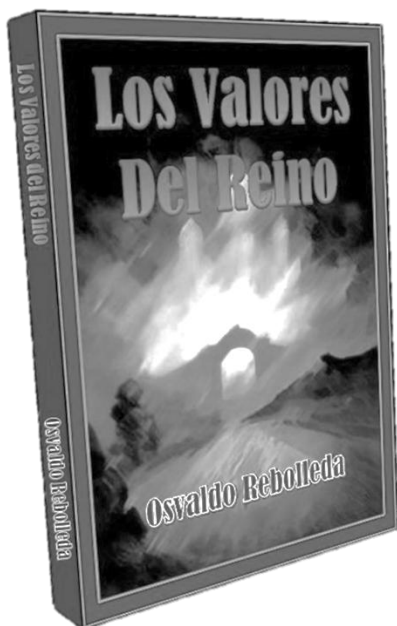
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

